5

«¡Mire lo que ha hecho nuestro ejército!»

El mensaje de Ems, enviado por Guillermo a través de Bismarck, llegó a París en la conmemoración del día de la Bastilla de 1870, a las cuatro de la tarde. Los ministros de Napoleón III dieron órdenes de movilizar las tropas inmediatamente. Luego vacilaron, pero seis horas después sintieron todo el peso de la bota teutónica: Bismarck había comunicado oficialmente el texto del telegrama a todos los Gobiernos de Europa. Era como escupir a una persona en la cara, y luego jactarse ante los amigos de haberlo hecho. Al día siguiente, la capital de Francia se despertó bajo un ritmo febril. Hasta Emile Ollivier, jefe del partido pacifista, admitió que aceptaba la guerra animosamente, y en la sala del Senado el poderoso Guyot-Montpayroux proclamó con voz estentórea: «¡Prusia ha olvidado la Francia de Jena, y debemos recordársela!» (1).

Los sables franceses no sólo chasquearon sino que ya estaban desenvainados. El conde Alfred von Waldsee, agregado militar en París, telegrafió a su rey informándole de los preparativos clandestinos de Napoleón para la guerra. Se hacían regresar rápidamente a numerosas tropas francesas desde Argelia y Roma, suspendíanse los permisos de los oficiales, varias comisiones militares se dirigían hacia los depósitos ferroviarios, la caballería solicitó cuantiosos pedidos de avena a Estados Unidos, y los parques de artillería rebosaban de actividad. Alarmado, Guillermo llamó en secreto a los reservistas. Luego, el 12 de julio, puso la *die Mobilmachung* en movimiento. Los Estados del sur de Alemania hicieron lo propio, Baviera y Baden el día 16, y Württemberg el 18. Al día siguiente, Francia declaró la guerra. En menos de tres semanas, 1.183.000 alemanes se habían calado los *Pickelhauben,* los cascos con punta. Más de 440.000 de ellos fueron apiñados en la frontera franco-prusiana, respaldados por 1.440 cañones (2).

Al contemplar los hechos de hace un siglo, resulta difícil comprender la extraña situación que iba a producirse a continuación. Sabiendo lo ocurrido en 1870, 1914 y 1939, uno se dice que el mundo debía haber previsto el poderío teutón. Pero no fue así. Por el contrario, todos los ojos se hallaban vueltos hacia el emperador francés. Al día siguiente de la orden de movilización de Guillermo, el *London Standard,* al examinar la situación militar, hizo un análisis de las rutas de invasión sobre Pru-

sia. El periódico aseguró que era «imposible» que Moltke y sus generales «tomasen la iniciativa». La *Pall Mall Gazette* del 29 de julio convino en que los sucesos sólo podían tener un curso, en tanto que *The Times* manifestó que los ingleses estarían justificados si apostaban hasta su «último chelín en favor de los Casquette y contra los Pumpernickel». Los generales Burnside y Sheridan llegaron desde Estados Unidos para ver cómo aniquilaban a los advenedizos de la Europa central; Kate Amberly (que dos años después daría a luz a Bertrand Russell), escribió el 17 de julio: «Le llena a uno de pena el pensar en ese hermoso Rhin, como campo de una guerra.» Este era también el punto de vista en las capitales neutrales. Los súbditos de Guillermo tenían la misma certeza de que el enemigo no tardaría en llegar a sus puertas. Los campesinos alemanes cortaron rápidamente el maíz verde para que los patanes galos no lo pisotearan, y en los recientemente incorporados Estados del sur, los alcaldes se disponían a colaborar con los invasores. Bajo el tratado que había terminado con la Brüderkrieg cuatro años antes, no había forma de evadir las obligaciones militares, pero en Maguncia y Hanover estaban ya preparadas las banderas tricolores, para cuando los vencedores entrasen en las ciudades. Hasta los dirigentes prusianos se hallaban convencidos de que las hostilidades se iniciarían con una ofensiva francesa a ultranza. El mismo Guillermo estaba tan seguro de esto, que no creyó necesario proveer a sus tropas con mapas de Francia, al comienzo de la contienda. Los comandantes franceses tampoco lo creyeron conveniente, y erraron por completo. El general Carl Constantin Albrecht von Blumenthal y el príncipe heredero Federico Guillermo, jefe del Estado Mayor, esperaban la primera ofensiva contra Maguncia. Moltke pensó que Napoleón lanzaría 15.000 hombres en un ataque masivo por el valle de Sarre arriba, hasta el Rin, y nunca llegó a creer que iba a ser él quien iniciase la acción. Como pasaran los días sin señales de actividad por parte del enemigo, el príncipe heredero anotó en su diario de guerra: «Bien puede ocurrir... que después de tan largos preparativos contra un repentino ataque, nosotros seremos los agresores. ¿Quién lo hubiera pensado?» (3).

El enemigo no lo pensó, desde luego. En el Almanaque Militar francés se establecía que las tropas de Moltke eran «una magnífica organización sobre el papel, pero un dudoso instrumento para la defensa... que sería bastante imperfecto durante la primera fase de una guerra ofensiva.» Durante las dos primeras semanas de hostilidades un editor con recursos se enriqueció publicando un diccionario francés-alemán para uso de los franceses en Berlín, y al tomar el mando de sus tropas el 28 de julio, Napoleón les dijo: «Sea cual fuere el camino que tomemos más allá de nuestras fronteras, seguiremos los gloriosos pasos de nuestros padres. Demostraremos que somos dignos de ello. Toda Francia os sigue con sus fervientes plegarias, y los ojos del mundo están puestos en vosotros. De nuestro éxito depende el destino de la libertad y la civilización.» A decir verdad, el equipo llegaba con más rapidez que los hombres, al punto que en el catorceavo día de la movilización el ejército francés del Rin había reunido menos del 53 por ciento de todas sus tropas. Pero eso parecía una minucia. Los franceses estaban muy seguros de sí mismos. Durante tres generaciones, la colosal sombra del primer Bonaparte había dominado las mentes de los militares. Ahora su sobrino montaba en la silla del corcel guerrero, y detrás de él avanzaban las que, según criterio universal, se consideraban como las mejores legiones de Europa. Fogueados en treinta años de continuas luchas en Africa y Méjico, probados en Europa con las victorias sobre Austria en Magenta y Solferino, empuñando estandartes que habían ondeado en Crimea y Asia, uniformados con sus llamativos quepis, sus guerreras de franjas azul claro y amari-

llos y sus *pantalons rouges,* esos soldados eran la envidia de todas las cancillerías extranjeras. Turquía en 1856, y Japón en 1868, habían solicitado oficiales franceses para que les ayudasen a formar sus ejércitos. El empuje de las tropas de Napoleón III escasamente podía haber sido superior de lo que ya era, y ansiosamente aguardaban los heroicos ataques en los que oficiales valerosos les exhortaban con los gritos de: «*En avant! A la baïonette!,* mientras se escuchaban las notas de La Marsellesa. La fe que tenían en sus jefes era absoluta. El propio emperador era un experto en artillería, y había publicado dos tratados sobre la materia, el primero de los cuales, su *Manuel d'Artillerie,* fue la admiración de los profesionales durante treinta y cinco años. Edmond Leboeuf, mariscal de Francia, se había distinguido con las nuevas baterías de ánima rayada en la campaña de Italia. Ahora aseguró a Napoleón que el ejército estaba dispuesto «incluso hasta los botones de sus polainas». Y nadie lo ponía en duda (4).

Para la Francia imperial, el ambiente marcial de Prusia no suponía más que una impertinencia. De haberles dicho a los parisienses que el rey Guillermo, a pesar de sus setenta y tres años, era un comandante mucho más capacitado que su Napoleón, y que Leboeuf no valía un solo cordoncillo de las charreteras del gran Moltke, esos parisienses se hubieran mostrado incrédulos. Si alguien les hubiese asegurado que la moral del enemigo era tan elevada como la de ellos, se habrían burlado. Y sin embargo, también eso era cierto. Los Junker ansiaban vengar los pasados años de inferioridad, y los soldados alemanes, con sus uniformes de color azul de Prusia, cantando himnos protestantes como *In Allen Meinen Taten* y gritando *Nach Paris!,* en torno a las hogueras de sus campamentos, estaban convencidos de que iniciaban una poderosa cruzada para humillar a la ciudad que los periódicos prusianos llamaban «la nueva Babilonia».

El cuerpo de oficiales del emperador francés los consideraba con desdén. Se quitaba importancia al gran triunfo obtenido por Moltke en 1866. Cualquiera podía derrotar a los austríacos, y casi todos lo habían hecho. Sin embargo, esa victoria se debió a un gran acto de eficacia, la cual era a los ojos franceses una virtud vulgar. El hecho de que Prusia hubiese construido su red ferroviaria pensando en una guerra, y el hecho también de que sus tácticos hubiesen estudiado el notable empleo de los ferrocarriles en Tennessee por el general Sherman, y hubieran coordinado el uso del telégrafo y de las tropas hasta dominarlo a la perfección, no parecía inquietar demasiado al Cuartel General del emperador. De haber hablado alguien de ello, se le habría tachado de pesimista o soñador.

Y en realidad, los soñadores eran los franceses. Aquel era el año en que Jacques Offenbach, el fugitivo del coro de una sinagoga de Colonia, alcanzaba la cúspide de su popularidad en la capital de Francia, y el concepto que los franceses tenían acerca de la guerra se asemejaba más a una de sus operetas de la Comedie Française que la misma realidad. La revolución industrial había transformado la profesión de las armas, pero en sus marciales ilusiones, ellos volvían a combatir como en la época de Napoleón I. Entreveían *la grande guerre* como había sido representada en llamativos cuadros de *la Grande Armée,* con cargas de libros de cuentos, húsares que saltaban vallas con sus corceles, románticos dragones con sus corazas caballerescas, y el relucir de las lanzas de la caballería del emperador, a la luz de la luna. En su fantasía veían las intrépidas formaciones de granaderos avanzando hacia los lugares más expuestos, los corceles que caracoleaban recortados contra el cielo, con los tendones tensos y las fosas nasales, de un rojo subido, ampliamente dilatadas. «*C'était trop beau*», como dijo posteriormente Théophile Gautier. Como en tales fantasías no había lugar para el monótono chasquido de los apa-

ratos de Morse y el traqueteo de las ruedas de las locomotoras, se convencieron a sí mismos que esas cosas no tenían importancia. En lugar de ello no oían más que las trompetas de los heraldos que encabezaban la marcha de unos valientes que bajo sus banderas se dirigían hacia el campo del honor y de la gloria, ante el sordo retumbar de los cañones.

El tronar de los cañones. Allí estaba el punto clave. Con su inmenso poderío humano, sus rudos veteranos y sus fronteras estratégicas, Napoleón III bien pudo haber superado sus demás desventajas. La fatal debilidad de Francia fue la artillería. Sus mariscales no estaban tan preocupados con la gloria militar que no desdeñasen el significado de las armas de fuego. Los infantes estaban dotados del nuevo fusil cargado con cartuchos, que tenía doble alcance que el fusil «Dreyse», con el que Prusia había aniquilado a los Habsburgo cuatro años antes, y con justicia esperaban bastante de su *mitrailleuse,* que, a semejanza del fusil «Gatling» americano, de seis cañones, fue la antecesora de las modernas ametralladoras. El arma francesa tenía veintiséis cañones, que podían dispararse en rápida sucesión mediante el giro de una manivela. Pero la artillería francesa era irremediablemente anticuada. Tenían un treinta por ciento menos de las piezas de campaña que poseía Moltke, y sus cañones, aunque de ánima rayada, eran todos de bronce. Schneider ni siquiera había adoptado el invento de sir Joseph Whitworth relativo a los cañones con tubo de hierro forjado robustecidos mediante abrazaderas exteriores, que había sido la base de la artillería británica. Leboeuf, en resumen, se hallaba con las mismas rémoras que los defensores austríacos de Königgrätz en 1866. Y la culpa fue del propio Leboeuf. Cuando se publicaron *Les Papiers Secrets du Second Empire,* en Bélgica, después de terminada la guerra, se descubrió que el mismo mariscal había escrito «*Rien à faire*» sobre la carta de Krupp en que ofrecía suministrar a Francia sus cañones de acero con retrocarga. Los colegas de Leboeuf se mostraron ansiosos por proteger las nacientes fundiciones de Schneider, que en 1870 quedarían paralizadas debido a la primera huelga de los comunistas. Leboeuf consideraba, sencillamente, que los cañones de Essen no eran buenos. Especialistas artilleros que compartían el parecer de los técnicos de Roon, le persuadieron de que las dificultades para enfriar el acero uniformemente durante el proceso del moldeado, eran insuperables (*). Por otra parte, él mismo se mantuvo tercamente leal a los cañones cargados por la boca. Aun cuando los de retrocarga hubieran sido seguros para los servidores de la pieza, argumentó, persistía el problema de la pérdida de gas, y la consiguiente disminución del alcance de la bala. Como es lógico, estaba equivocado en todos los aspectos. Guillermo, Bismarck y Moltke habían aprendido una lección fundamental en el polígono de tiro de Tegel, y ahora el mundo comprendería claramente esa elección... en Francia (5).

Así fue cómo los cañones de Alfred Krupp se convirtieron en las humeantes piezas de agosto de 1870. Tenían un alcance doble que el de los cañones de bronce enemigos, y en cuanto a concentración, exactitud y rapidez en el disparo (que los expertos franceses en artillería habían desdeñado asegurando que impulsaría a los servidores de las piezas a emplear demasiadas municiones), el cañón del Ruhr sobrepasaba con mucho a los que los enemigos podían colocar en el campo de batalla. Si bien la ametralladora francesa era tan secreta que no fue entregada al ejército hasta los últimos días de la movilización, el servicio prusiano de espionaje

(*) Napoleón III hubiera salido mejor parado con sólo haber consultado a aquel de sus novelistas que tenía más imaginación. En marzo de 1868, cuando Leboeuf escribía: «Nada que hacer» en la oferta de Krupp, Julio Verne redactaba el capítulo doce de **Veinte mil leguas de viaje submarino**, en el que el capitán Nemo, cuando enseña su submarino, el «Nautilus», al profesor que hospeda, le dice que las máquinas de la nave han sido construidas con el mejor acero del mundo, procedente de la casa «Krupp, de Prusia».

había advertido a Berlín acerca de esta arma. Los alemanes, a diferencia de los franceses, se tomaban muy en serio sus espías. En consecuencia, se ordenó a determinadas baterías artilleras que localizasen por su tableteo a las ametralladoras, y que las pusieran fuera de combate desde los momentos iniciales, dejando al enemigo sólo con las armas pequeñas. Los soldados de aquellos días avanzaban literalmente hacia el lugar de donde provenía el sonido de los disparos; en medio de la humareda de la batalla era la única forma que tenían para saber dónde estaba el enemigo. La primera escaramuza se produjo en Wissembourg (Alsacia), el 4 de agosto. El general francés que mandaba el sector fue muerto por una granada de Krupp. Luego se produjo el primer desastre en Wörth, al nordeste de Francia, el 6 de agosto. El mariscal Patrice MacMahon había considerado tan improbable un ataque prusiano por allí, que ni siquiera ordenó a sus hombres que cavasen trincheras. Su mayor preocupación era disgregar las líneas enemigas. «Nunca hubo tropas tan seguras y confiadas en el éxito», escribió a uno de sus subordinados. Entonces entró en acción el mazo de Krupp. La infantería alemana fue contenida a tiempo, y pudo haber terminado en tablas el combate; pero no ocurrió así. Se produjo una aplastante victoria alemana debido a que tras ocho horas de martillear los cañones Krupp sobre las líneas francesas, éstas se rompieron y se retiraron en el más completo desorden (6).

Wörth, que los franceses llaman batalla de Fröschwiller, fue como un presagio. Los campesinos tardaron toda una semana en dejar libres de cadáveres espléndidamente uniformados los viñedos y los bosques inmediatos. Las pérdidas del príncipe heredero alemán también habían sido considerables, pero entonces los jefes alemanes se dieron cuenta de que en adelante podían dejar la decisión de los combates a su magnífica artillería. Según las palabras de un oficial francés tras el encuentro, los cañones de retrocarga de Krupp «aplastaron todo intento de los artilleros franceses para replicar, e hicieron llover granadas sobre las nutridas líneas de la infantería, que esperaba sin protección alguna rechazar un ataque que nunca llegó». Los diarios de guerra de los participantes fueron aún más expresivos. Un prusiano vio las lejanas figuras azules reaccionando como «un asustado enjambre de abejas», mientras que un observador francés escribió que las guerreras cubrían el suelo hasta tal punto que aquello «parecía un campo de lino». Un historiador, por su parte, anotó que los registros de los regimientos de Napoleón III revelaban «una gradual desintegración bajo el peso de las granadas alemanas». Mientras los regocijados prusianos, sajones, silesianos y hessianos cantaban el recientemente popularizado *Die Wacht am Rhein,* y el *Deutschland über Alles,* sus irritados enemigos cambiaban de posición mientras decían: *«Un, deux, trois, merde»* (7).

Maquiavelo dijo de Carlos VII, que en el invierno de 1494-1495 se había «apoderado de Italia con una tiza en la mano», queriendo significar que no había tenido más que trazar un círculo en torno a un punto fuerte, que sus bombardas de hierro aniquilaron posteriormente. Carlos realizó sesenta asedios con todo éxito en dieciséis meses. Durante el verano de 1870, los artilleros de Guillermo decidieron la cuestión en menos de un mes. Para la víspera del 6 de agosto, los franceses aparecían divididos en dos cuerpos principales, el de MacMahon, en Alsacia, y el del emperador Napoleón III en Lorena. Este había decidido dividir así sus tropas entre las estribaciones de los Vosgos, y a la vista de las prácticas militares establecidas resulta difícil inculparle. Pero no había contado con los terribles cañones. Cuando su ala derecha estaba retrocediendo desde Wörth, la izquierda perdía los elevados promontorios de Spicheren, cuarenta millas hacia el noroeste, en el Sarre. Al cabo de veinticua-

tro horas, el sueño francés se había convertido en una pesadilla. MacMahon abandonó Alsacia y Napoleón III se retiró a la poderosa fortaleza de Metz. Después de tres feroces batallas, Moltke lanzó a sus ulanos por la única carretera que llevaba a Verdún, y obligó a la ciudad de Metz a rendirse. Napoleón III escapó en el último momento y galopó en su caballo hacia el sur, hasta dar con MacMahon, al que urgió frenéticamente para que abriese una brecha en las filas alemanas y liberase la fortaleza. La consecuencia de esto fue el desastre. El jueves, primero de setiembre, la exhausta ala derecha del emperador se encontró con las tropas de Guillermo, a siete millas de la frontera belga, en Sedán, una pequeña y anticuada fortaleza sobre el Mosa cuyas murallas databan del siglo XVII. Para MacMahon, la irregular elevación situada al norte de la ciudad era una «*position magnifique*», pero el general Auguste Ducrot, que actuara en Wörth, sabía lo que se les venía encima. Arrebujado en una gruesa capa, a la lumbre de la hoguera de un regimiento de zuavos, dijo sombríamente: «*Nous sommes dans un pot de chambre, et nous y serons enmerdés.*» Con lo del orinal describía perfectamente la situación en que se hallaban, y la *merde* que iba a caer sobre ellos era el Kruppstahl (8).

La lucha comenzó antes del amanecer. Aunque Moltke deseaba esperar hasta que sus dos alas hubiesen rodeado al enemigo, el primer cuerpo bávaro se mostró demasiado ansioso para aguardar, y a las cuatro de la madrugada avanzaron cruzando el Mosa en medio de una espesa y fría niebla. Presas del pánico, los franceses se atrincheraron en las sólidas casas de piedra de la ciudad, pero éstas fueron demolidas por el fuego de los cañones. Cuando el sol alumbró el valle, dieciséis baterías Krupp, diestramente distribuidas por las colinas, y muy lejos del alcance de los cañones franceses, aniquilaron una división completa de zuavos, dando muerte incluso a su general y al jefe del Estado Mayor. Nadie quedó a salvo de los mortíferos disparos. Cuando hacía apenas una hora que había amanecido, un fragmento de granada hirió al propio MacMahon. Llevado hasta el pequeño fuerte en una litera, cedió el mando a Ducrot. A las ocho de la mañana, el general que había previsto lo inevitable, ordenó una retirada hacia el Oeste. El general Emmanuel Wimpffen se negó a obedecer y habló de «empujar a los bávaros hacia el Rin». Ante los angustiados argumentos de Ducrot, respondió tercamente Wimpffen: «Necesitamos una victoria.» Ducrot le contestó: «Tendrá usted mucha suerte, *mon général,* si esta noche ha conseguido una retirada.» No estaba exagerando. Con cada minuto que pasaba, la implacable exactitud de los cañones alemanes intensificaba las bajas, y mediada la mañana, Moltke lanzó varias columnas a través de la carretera Sedán-Mézières, bloqueando el último punto de escape. El sol había disipado ya las últimas brumas matinales. Era un espléndido día. Los oficiales de Estado Mayor de Moltke, según las palabras del profesor Michael Howard:

> «...Habían encontrado para el rey un lugar con excelente vista desde donde podía dominarse el desarrollo de la batalla, de un modo tal que ningún comandante de un ejército de Europa Occidental podría volver a admirarlo así. En un claro de las boscosas colinas situadas por encima de Frénois, al sur del Mosa, se reunió un espléndido grupo de personalidades de uniforme, más adecuadas para el salón de un teatro de ópera, o para la tribuna de un hipódromo, que para una trascendental batalla de la que dependían los destinos de Europa, y tal vez del mundo. Se hallaba el propio rey; estaban Moltke, Roon y sus oficiales de Estado Mayor observando... mientras Bismarck, Hatzfeld y los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores (también) observaban... Había... una multitud

de príncipes alemanes... viendo cómo los restos de su independencia se iban desvaneciendo hora tras hora, conforme los prusianos, sajones y bávaros diezmaban con sus cañones al ejército francés situado en torno a Sedán (9).

En total, los prusianos y sus hermanos alemanes disponían de quinientos cañones Krupp. Guillermo, enfocando su catalejo para contemplar los frutos de la técnica de Essen, admiró un extraordinario espectáculo: milla tras milla enormidades de pantalones rojos aparecían deshechos bajo el fuego de la artillería del segundo cuerpo bávaro, y más allá de las llameantes bocas de los cañones se extendían las colinas de color verde oscuro de las Ardenas. Llegado el mediodía, hasta el mismo Wimpffen se dio cuenta de que la batalla se había perdido. Entonces trató de iniciar la retirada a través de las líneas alemanas, pero no pudiendo reunir las suficientes tropas, a la una de la tarde mandó llamar a Napoleón III a Sedán. El emperador no se presentaría. Y no es que tuviera miedo; por el contrario, el soberano montó en su caballo y galopó temerariamente entre una verdadera granizada de proyectiles enemigos, prefiriendo la muerte en el campo de batalla, antes que el deshonor de una rendición. Pero era evidente que alguien tendría que entregar la espada. Hacia las dos de la tarde, los alemanes se ocupaban de liquidar los últimos focos enemigos. A las tres, la infantería francesa, sin jefes que la dirigiese, huía escondiéndose en los bosques. En un último y desesperado esfuerzo, Ducrot trató de emplear la caballería del emperador para abrir una brecha en las columnas prusianas situadas al Oeste. El general, montado en su caballo, alzó el sable para dar la orden, pero un segundo después se desplomaba con el rostro lleno de sangre. Dos ayudantes retiraron al herido, abriéndose paso entre los escuadrones de caballería. Al verle, los jinetes exclamaron «*Vengez-le!*», y valerosamente cargaron una y otra vez, hasta que el último de ellos cayó bañado en su propia sangre, junto a los destrozados caballos. El rey de Prusia bajó su anteojo y murmuró: «*Ah!, les braves gens!*» (10).

«Nunca hasta entonces —escribió Howard— el fuego de artillería fue empleado en la guerra con tal precisión.» El asombrado rey alemán observaba los fogonazos producidos por cada una de las granadas que estallaba en los puntos clave, segando a los defensores. Sin embargo, la muerte perdonó a Napoleón III. La artillería enemiga acabó con sus jinetes, con su infantería, su Estado Mayor y sus ayudantes, pero ni una sola esquirla tocó al emperador, que regresó a Sedán incólume. Al anochecer envió a un sargento con bandera blanca para que solicitase los términos de la rendición, mientras que un pendón blanco se izaba sobre la misma fortaleza. Moltke, al verlo, envió a un noble prusiano para que hiciera averiguaciones. El oficial regresó con una carta que bien podía llamarse la fe de bautismo del Segundo Reich, y en la que podía leerse:

«*Monsieur mon frère,*
»*N'ayant pas pu mourir au milieu de mes troupes, il ne me reste qu' à remettre mon épée entre les mains de Votre Majesté. Je suis de Votre Majesté le bon frère.*»

«(Puesto que no he podido morir entre mis tropas, sólo me queda poner mi espada en las manos de Vuestra Majestad. Soy el buen hermano de Vuestra Majestad.)

Napoleón» (11).

Pero ni el emperador ni su espada quedaron en seguida en poder de Guillermo. El rey, después de examinar la misiva, la entregó sin pronunciar una palabra a Bismarck, el cual dictó una contestación en la que indicaba *«la capitulación»*, y que terminaba manifestando: *«J'ai désigné le Général de Moltke â cet effet»* (12).

Esa misma noche los soldados alemanes entonaron agradecidos el gran himno luterano *Nun danket alie Gott*, en torno a las hogueras de su campamento. Se hallaban tan asombrados como los mismos franceses. Según las palabras de Howard, nadie, en ambos bandos, había previsto que «la eficacia de la artillería de Prusia iba a constituir la mayor sorpresa táctica de la guerra franco-prusiana». Las reacciones de los contendientes variaron de acuerdo con la respectiva situación. Los prusianos y sus aliados se mostraron triunfalmente alegres; los franceses, aparecían amargados, en cambio. Cerca de medio siglo más tarde, en Versalles, Georges Clemenceau, que era alcalde de Montmartre durante esta guerra franco-prusiana, recordaría el deseo por la *revanche* que había adquirido cuando tenía poco más de veinte años, empleándolo para demoler la política de Woodrow Wilson de merced hacia la entonces postrada Alemania. Napoleón III sufría un verdadero derrumbe moral y físico. Uno de sus oficiales, Jean Baptiste Montaudun, dice que estaba «mucho más viejo, mucho más débil, y falto del continente del jefe de un ejército». Moltke y Bismarck se mostraron implacables, y cuando Wimpffen se presentó ante ellos —no quería ir, pero Ducrot le dijo iracundo: «Usted asumió el mando cuando creyó que había algo de honor y de provecho en detentarlo... Ahora no puede negarse»—, rechazaron su súplica de establecer «una paz basada en condiciones que halagasen el amor propio del ejército y atenuaran la amargura de la derrota, ya que unas medidas rigurosas podían suscitar malas pasiones, y tal vez dar lugar a una guerra interminable entre Francia y Prusia» (13).

Bismarck, al negarse a ser generoso, fijó sus ojos azul claros en el general francés y contestó: «No debemos confiar, en general, en la gratitud, y menos en la de un pueblo.» Por lo tanto el Junker exigió la rendición de todas las fuerzas francesas de Sedán, que pasarían a ser prisioneros de guerra, incluido el propio Napoleón III. Wimpffen se mostró espantado. Bismarck, sacando a la vista hasta el último gramo de gozo de su triunfo, hizo notar que como pueblo los franceses eran «irritables, envidiosos, celosos y con un exceso de orgullo. Les parece que la victoria es propiedad reservada exclusivamente a ustedes, y que la gloria de las armas es monopolio suyo». Siguió diciendo que los alemanes, en cambio, eran un pueblo pacífico, que había sido invadido por Francia en treinta ocasiones durante los dos siglos anteriores —catorce veces, sólo entre 1785 y 1813—. Ahora todo había terminado: «Debemos poseer las tierras, fortalezas y fronteras que nos protejan debidamente de los ataques enemigos.» Wimpffen no quiso rendirse, y Moltke dijo que en un solo día el emperador había visto reducidas sus tropas de 104.000 soldados a 80.000, mientras que Guillermo disponía de un cuarto de millón. Entonces el comandante alemán desplegó un mapa en que aparecía el cerco de baterías artilleras; el ejército francés estaba rodeado por *fünfhundert Kanonen*, quinientos cañones (14).

El argumento no admitía réplica, y se acordó la tregua mientras Wimpffen regresaba al galope para exponer la situación ante su emperador. Desesperado, Napoleón III quiso entrevistarse con Guillermo, para tratar el asunto de soberano a soberano. A la mañana siguiente montó en su corcel y cabalgó una vez más, pero los centinelas prusianos le cortaron el paso y fue llevado directamente ante Bismarck y Moltke. Temiendo que su generoso rey atenuase los términos de la rendición, los

dos militares llevaron a Napoleón a una cabaña, y le dijeron que podría ver a Guillermo *después* de que se hubiesen firmado las condiciones de paz. No tardó esto en llevarse a cabo. Mientras el emperador burgués se consumía de ira, Wimpffen firmaba el documento en el castillo de Bellevue. Moltke cedió sólo en un aspecto de importancia minúscula: los oficiales franceses que se comprometiesen a no tomar de nuevo las armas, serían perdonados. Era un síntoma de la dureza del sentimiento imperante, el que sólo quinientos cincuenta oficiales se aprovecharon de la ventaja concedida. Completado el documento, Guillermo le concedió audiencia. La entrevista fue corta y embarazosa (ambos monarcas enrojecieron), y Napoleón III, como habían previsto los consejeros de Guillermo, solicitó un favor. Suplicó que el rey le condujese a prisión por territorio belga, ya que si lo hacían por tierras francesas, se vería sometido a una intolerable humillación. Guillermo miró brevemente a Bismarck, el cual se encogió de hombros. Con un ejército francés cercado en Metz, y este otro ejército cautivo, el ministro presidente del rey observó sardónicamente: «No nos hará daño alguno, si toma otra dirección... Si dejase de mantener su palabra no nos perjudicaría en absoluto.» El emperador se volvió hacia el rey. Para Moritz Busch, que más tarde se convertiría en el biógrafo de Bismarck, el cautivo tenía un aspecto «demasiado débil, yo diría que demasiado marchito». Napoleón III dijo a su vencedor: «Os felicito por vuestro ejército, y sobre todo, por vuestra artillería. La mía era tan... —dijo vacilante— inferior.» Guillermo, visiblemente turbado, miró hacia otra parte (15).

Al día siguiente, Napoleón III, emperador de los franceses, fue enviado en un carruaje a un Stalag de Wilhelmshöhe con su elegante equipaje, sus empelucados lacayos y su numeroso séquito. El tiempo espléndido del día anterior se había transformado en una lluvia pertinaz. Los supervivientes del ejército del emperador fueron internados en un campamento rápidamente improvisado a orillas del río. Desde *le camp de la misère,* como le llamaron, los franceses lanzaron insultos contra su monarca. Moltke y Bismarck contemplaron el carruaje del emperador, cuando se alejaba.

«Ahí se marcha una dinastía», murmuró Bismarck (16).

Podía haber agregado que otras dos estaban surgiendo implacablemente: la de los Hohenzollern, y la de los Krupp.

Mientras tanto, Alfred no tenía la menor idea del espectacular cambio que iba a experimentar su hado. Le pareció que la guerra había llegado en un momento totalmente inadecuado. No había terminado de adoptar las instalaciones de su fábrica al sistema Siemens-Martin, y Albert Pieper había elegido aquel momento extremadamente inoportuno para morirse. Cuando otro de sus allegados, Krausnick, el tesorero ya retirado de Guillermo, le mandó recado de que se hallaba en su lecho de muerte, Alfred declaró irritado que tampoco él se sentía demasiado bien: «No me encuentro a la altura de mi negocio, raramente recibo visitantes, me falta la energía y la vitalidad suficientes para realizar lo que los talleres y la construcción de mi casa exigen de mí *(die Fabrik und der Neubau eines Wohnhauses mir auferlegen)* (17).

Su casa le exigía más y más cada vez, en efecto. Sobre la colina se estaba llevando a cabo el complicado proceso de trasplantar otra arboleda; las raíces colgaban de unos bultos envueltos en cañamazo. Y ahora se complicaban las cosas con el asunto de los franceses. Parecía una confabulación dirigida personalmente contra él. Pidió que los canteros franceses que tenían trabajando en Villa Hügel siguieran haciéndolo (así

se hizo), y que Chantilly continuase enviándole más piedra. (Por increíble que parezca, esto también se llevó a cabo a través de Bélgica, mientras él seguía enviando rodillos y ruedas de ferrocarril a Francia por intermedio de Inglaterra, hasta que la situación, a mediados de setiembre, acabó con aquel tráfico en dos direcciones. Tan grande se había hecho su obsesión por su nueva residencia, que su primera reacción a la movilización general del rey, decretada el 12 de julio, fue ignorarla. Hügel debía seguir creciendo, manifestó a los cuatro directores de su Prokura: «*Um jeden Preis, selbst mit der Beseitigung von Arbeitern der Fabrik*» (¡A toda costa, aunque tenga que tomar hombres de los talleres!) (18).

Pero con la declaración de guerra por parte de Francia, Alfred cambió de criterio totalmente. Durante las primeras discusiones franco-prusianas ofreció a Berlín la donación de un millón de táleros (unos 420.000 dólares) en cañones de acero, «en caso de guerra con Francia» *(im Falle eines Krieges mit Frankreich)*. La noticia de la proclama de París llegó a Essen el 20 de julio de 1870, y Alfred escribió inmediatamente a Roon ofreciéndose para hacer realidad aquella promesa, y estipulando que su generosidad debía mantenerse «enteramente en secreto». Alfred conocía a Roon, y no quería que su oferta fuese interpretada como una tentativa de explotar la crisis nacional como propaganda personal. La donación fue rechazada de todos modos, por la razón —característica de Roon—, de que un exceso de cañones trastornaría la sagrada organización del ejército. Pero el celo de Krupp se mantuvo inconmovible, y firmó su carta a Roon con la frase: «¡Dios proteja a Prusia!» *(Gott schütze Preussen!)* En los meses que siguieron adoptó la costumbre de terminar sus misivas con esa o parecidas exclamaciones, llenas de *patriotische Begeisterung*, patriótico entusiasmo, saludando *den unübertreffeichen Leistungen unseres tapferen Kriegsheeres*, las «incomparables hazañas de nuestro valiente ejército» (19).

Ocho días después de la ruptura de las hostilidades, Alfred emitió sus propias órdenes de batalla para los obreros de los talleres y cobertizos. Rompiendo con una de sus reglas más inflexibles, autorizó el subcontrato siempre que contribuyera a acelerar los trabajos de guerra. Solicitó turnos «que trabajasen noche y día en cada taller, y donde todos los hombres y máquinas a nuestro mando no ahorrasen gasto o sacrificio alguno». Se fabricarían piezas de recambio de armas ante la posibilidad de que Prusia sufriera reveses en el campo de batalla. Del mismo modo, escribió:

> «*Ebenso volle man von Geschossen das maximal Quantum anfertigen, welches für unsere Geschütze in Falle der grössten Aktion nützlich sein könne... Daher rechne ich auf äusserste Tätigkeit und weises Überlegen.*»

> «Preparemos el mayor número de proyectiles que puedan necesitar nuestros cañones, para el caso de una batalla a la mayor escala concebible. Aparte de los cañones de 9 pulgadas, debemos anticipar la terminación incluso de las piezas parcialmente concluidas de 11 pulgadas. Sin importar que esta medida cuente o no con el favor de nuestras autoridades, o si la aprueban, que se acepte el fruto de nuestra labor, y sin tener en cuenta si nunca llegamos a recibir el pago por ellos, espero del patriotismo de todos aquellos cuyos servicios están dedicados al cañón, que no pensarán en nada que no sea la posible crisis de armas que se avecina, cuya tarea estará justificada y será de incalculable valor para la patria. Por lo tanto, espero de todos hasta la última onza de energía y de silenciosa plegaria.» (20).

Al mismo tiempo, Alfred reflexionaba prudentemente acerca de lo que la guerra significaba para él y su futuro. No era precisamente, como lo hizo notar uno de sus admiradores alemanes, «la misma imagen del patriota, marchando en completa oscuridad entre las filas de soldados rasos». Alfred no podía actuar inconscientemente bajo ninguna circunstancia, y aunque su patriotismo era real, su actitud hacia la guerra estaba condicionada al especial papel que desempeñaba. No pudo dejar de solicitar el polígono de Tegel durante algunas horas, aunque sabía que tal petición era inútil. Cuando Roon le pidió que entregase ciertas piezas que habían sido fabricadas para Rusia, Alfred repuso que como negociante primero debía obtener el permiso de sus clientes. Como todo el mundo, Krupp había supuesto que la contienda se iniciaría con el cruce del Rhin por los franceses. Essen no se hallaba a demasiada distancia, pero la sugerencia de Meyer, de armar con fusiles a los Kruppianer fue ásperamente rechazada por Alfred, quien hizo notar que eso sería *eine grosse Torheit*, un monumental disparate. Si las tropas de Napoleón III alcanzaban el Ruhr, «les ofreceremos ternera asada y vino tinto, de otro modo destruirían la fábrica.» Su mayor preocupación, sin embargo, era el posible rendimiento de sus productos en el campo de batalla. Los recuerdos de 1866 aún estaban penosamente frescos en su memoria, y otra victoria teutónica resultaría amarga para él, si también iba acompañada de informes sobre defectos de su cañón (21).

Las noticias iban a tardar en llegar. Enteróse Alfred de las victorias en Alsacia y Lorena, pero no supo de qué forma habían sido conseguidas. Los primeros informes acerca de Sedán llegaron en una carta de Wilhelm Ludwig Deichmann, un banquero que había prestado dinero al Gobierno, y que tomó la precaución de enviar agentes al frente de batalla. La nota le pareció exasperante:

> *«Welche glückliche Wendung haben die Kriegsereignisse genommen!... Hoffentlich wird Paris rasch von uns besetzt und dem Schwindel ein Ende gemacht werden.»*

> «¡Qué afortunado cambio ha experimentado la guerra! Ese condenado pillo de Napoleón ha sido debidamente castigado por desafiar, sin la menor provocación, a nuestra patria, amante de la paz, y por llevar angustia y miseria a millares y millares de familias. Yo consideraría que la guerra ha terminado, de no habernos enfrentado la catástrofe de París con un nuevo problema. Roguemos para que podamos apoderarnos de la capital francesa sin demora, poniendo fin de esa forma a este desgraciado asunto.» (22).

Krupp fue el que tuvo deseos de poner fin al desgraciado Deichmann, ya que la carta era una interminable retahíla de fanfarronadas, sin una sola palabra acerca de la artillería. Todas sus sospechas sobre los banqueros se veían así confirmadas. *Gott schütze Krupp!* Poco después la grata noticia fue insinuada por el fiel Voigts-Rhetz. El cuerpo C del general se hallaba a setenta millas de Sedán, entre el cerco de las tropas que sitiaban a Metz. Voigts-Rhetz había permanecido en combate o en marcha desde el 6 de agosto pero ahora que tenía tiempo de recuperarse un poco, comenzaba a enviar despachos a Essen. Podía describir la acción que él había visto, y tal como se la contaron los que pudo entrevistar y que habían intervenido en la batalla de Sedán. Olvídese de Königgrätz, aconsejaba Voigts-Rhetz a Alfred, y agregó: «las granadas de los cañones franceses de treinta y seis libras y ánima rayada vuelan sobre nuestros oídos desde quinientos o seiscientos pasos»; de todos modos el general

declaraba que las primeras semanas de combate «ya han demostrado la superioridad de nuestra artillería sobre la francesa, y repetidamente han evidenciado que estas armas son nuestra mejor defensa contra el fusil francés de retrocarga»; a *der Bronze Humbug* podía considerárselo ya como muerto. En Sedán, Krupp se había enfrentado con la prueba de fuego *(die grosse Probe)*. La supremacía de sus cañones de retrocarga sobre los cañones de bronce y avancarga de Napoleón, había quedado claramente demostrada *(Überlegenheit... ganz eindeutig)*. En realidad no hubo necesidad de fabricar piezas de recambio, ya que los cañones de Essen demostraron ser *unverwüstlich*, indestructibles (23).

Alfred sufrió un arrebato de júbilo. Durante tres inviernos había languidecido en Niza. Ahora, aunque los constructores de su mansión no habían logrado colocar el techo aún, estaba decidido a pasar ese año con los trabajadores *kruppsche*. Como en los viejos tiempos, jóvenes obreros para quienes el gran propietario era casi una leyenda, al llegar a sus bancos de trabajo hallarían enérgicas notas escritas por él y fijadas a sus cajas de herramientas. Por vez primera en muchos años, se dio cuenta de que había algo más, tras aquel estrépito de maquinaria y aquella densa humareda. En su juventud había reivindicado la memoria de su padre; ahora estaba haciéndolo para sí mismo, pasando *die grosse Probe* al servicio de su país. En otra carta dirigida a Roon, declaró que puesto que su oferta gratuita de cañones no se había aceptado, estaba buscando otras maneras de demostrar su acatamiento a la bandera. Había aportado 120.000 táleros para una Fundación Nacional Victoria para Soldados Inválidos (*Victoria-National-Invalidenstiftung*), e iba a contribuir con nuevos fondos para las viudas de guerra, enviando su propio hospital de campaña a Francia, para que atendiese a los héroes heridos, y además mandaría provisiones suplementarias para los oficiales destacados. Como el mismo Krupp hizo la lista de estos oficiales, fue encabezada, como era de esperar, por Voigts-Rhetz, el cual expresó su gratitud en los términos que su benefactor apreciaba más.

> *«...ich weiss, dass das Schreiben ein grosses Opfer für Sie ist, da es Ihre Gesundheit angreift... Heute ist es reuhig vor unseren Fronten und ich hoffe, dass die Franzosen nicht irgendein boshaftes Attentat hinter den dichten Nebelschichten ausbrüten, die das weite Moseltal bedecken.»*

> «...Sé que, el ponerse a escribir es una gran prueba para usted, ya que daña a su salud. De modo que el placer de tener noticias de usted siempre está unido al pesar de saber lo que usted debe de padecer al sacrificarse por las amistades. No pasa día ni hora sin que piense en usted con la mayor devoción y me alegre de todo corazón por contar con su amistad y afecto. Si tuviera que escribir todos estos sentimientos, llenarían una biblioteca entera. Hoy reina la calma en nuestros frentes, y espero que los franceses no estén preparando alguna maquinación detrás de las espesas capas de niebla que cubren el amplio valle del Mosela.» (24).

«El cofrecito de valiosos cigarros —agregaba el general, yendo al grano—, que usted, mi más querido amigo, ha tenido la atención de enviarme, llegó satisfactoriamente. Reciba mi agradecimiento más caluroso, y el de mis numerosos ayudantes, por ello. Usted nos ha tenido bien provistos de las marcas más selectas de licores, ¡tanto más cuanto que soñamos con ellas a lo largo de una muy extensa campaña!... La fama de su hospital particular, que tanto bien lleva hecho ya, ha llegado inclu-

so hasta aquí. Usted piensa en todo y para todos.» Aquello era una patraña fenomenal. Alfred no pensaba en todos, en modo alguno. Los cigarros y el coñac eran para los oficiales que apoyaban sus cañones de retrocarga; los que se oponían a ellos, podían mantenerse con el negro pan de Westfalia. Hacer que no admitiesen a éstos en el *Victoria-National-Invalidenstiftung* no era posible, pero al revisar la correspondencia de Krupp entre 1870 y 1871, se saca la clara impresión de que su piedad por esos oficiales era muy escasa. Tampoco se le podía culpar demasiado al respecto, pues se trataba de un hatajo de individuos tercos como mulas. No cabía pensar otra cosa de quienes seguían oponiéndose fanáticamente después de lo de Sedán. Incluso el 11 de diciembre, el príncipe heredero escribió en su Diario, hallándose en Versalles: «En el cañoneo de ayer ante Beaugency, veinticuatro de nuestros cañones de acero fundido de cuatro libras fueron totalmente puestos fuera de combate, de modo que los tubos de los cañones tuvieron que ser enviados de vuelta como inservibles, para ser sustituidos por otros nuevos. Los críticos de la artillería de Krupp se regocijaron ante este fracaso, estando a la cabeza de ellos el general Von Podbielski.» (25).

El intendente mayor, general Sugen A. Theophil von Podbielski era un poderoso oponente. En el ejército de Moltke tal vez fuera un soldado de gran capacidad, pero en su interpretación del duelo artillero de las afueras de París, llevado a cabo el sábado 10 de diciembre, estaba totalmente errado. Lejos de restar méritos a los cañones de Krupp, lo único que demostró era que las piezas de cuatro libras eran demasiado pequeñas, y por consiguiente, anticuadas. La gran lección de Sedán fue que los cañones de acero nunca tuvieron por qué estar al alcance de las baterías francesas de bronce que contestaban al fuego alemán. Según escribió a Alfred uno de sus partidarios, Prusia «habría tenido más éxito aún, si hubiéramos logrado la velocidad del disparo de 1.700 pies, cuya posibilidad debemos a usted». En otras palabras, Voigts-Rhetz tenía razón. Si los cañones se hacían lo suficientemente grandes, serían *indestructibles*. Krupp ya estaba acariciando la idea de construir cañones gigantescos. Al escribir a Roon, le informó que había estado experimentando con una nueva pieza de campaña ya antes del estallido de la guerra, y propuso que Prusia comprase veinticuatro de esos cañones «muy pronto». El ministro de la Guerra, con su acostumbrada falta de simpatía, pedía a Krupp que dejase de molestarle. Pero Alfred no podía contenerse, y envió a Roon un telegrama comunicándole que había diseñado un monstruo fantástico:

«Mögliche Verwendbarkeit von Paris annehmend... weiteres schriftlich. Sollten aber solchen Mörser nicht verwendbar sein, so bitte um umgehende telegraprische Nachricht.»

«Pensando en su posible uso ante París, estoy preparando por mi cuenta, para no perder tiempo, seis morteros de acero fundido y ánima lisa de 21 1/2 pulgadas de calibre, 60 grados elevación, 300 quintales peso, para cargas de 60 libras y bombas de un millar de libras, efectivos a cinco mil pasos, junto con cureñas, vagones de transporte, y seiscientas granadas, esperando completar dos morteros a mediados de febrero. Más detalles por carta, de no ser útiles esos morteros, por favor telegrafíen respuesta ahora.»

En la carta adjunta, Alfred prometía de nuevo «*schnelle Lieferung*», rápida entrega, pues dos de los morteros de 56 cm estarían terminados para mediados de febrero. Su idea, explicó, se debía a los informes de que «ciertos fuertes, especialmente el de Mount Valérien», dominaban París, y no podrían ser reducidos sin «grandes sacrificios de tiempo y hombres». Roon podía evitar aquello con sólo decir *Ja*. «Estoy convencido —concluía diciendo Alfred— de que no hay construcción por encima o por debajo de tierra que pueda resistir a los morteros que ahora tenemos a mano, y que en especial destruirán cimientos y espacios interiores por el peso del impacto y la fuerza de la explosión.» (26).

Pero Roon dijo *Nein*. Por una vez los oponentes tenían razón; el ejército no necesitaba bombas de un millar de libras ni cañones descomunales, por la sencilla razón de que estaba desenvolviéndose perfectamente con los cañones Krupp que ya tenían. En la primavera última varios cañones de asedio de 15 cm, y morteros de 21 cm, habían sido pedidos a Essen, y estos últimos estaban siendo puestos en acción por vez primera. Entretanto, el cariz de la contienda seguía cambiando espectacularmente. *La Débâcle*, como Emile Zola la llamaba, aumentaba colosalmente de proporciones con cada semana que pasaba. Dos días después de rendirse Napoleón III en Sedán, París se levantó en armas. La emperatriz Eugenia, a la que su esposo había nombrado regente durante su permanencia en el campo de batalla, dejó la ciudad. Los parisienses proclamaron la república y cavaron trincheras. Estaban decididos a resistir. Pero también estaban condenados al fracaso. En julio, Austria, Italia y Dinamarca habían indicado que se sentirían honradas aliándose al Segundo Imperio francés, pues creían que estaban respaldando al vencedor. Mas después de las tremendas derrotas de agosto, que culminaron con la sangrienta batalla del Mosa, sus embajadores murmuraron una excusa y se marcharon quedamente (27).

El último ejército regular francés, el del mariscal François Achille Bazaine, integrado por 173.000 veteranos, quedó cercado en Metz. Bazaine era débil e indeciso, pero en realidad no quedaba mucho por hacer, y es probable que hasta Moltke, en su lugar, hubiese quedado paralizado. La fe de los franceses en la inexpugnabilidad de Metz carecía de fundamento. Durante diez siglos el viejo y fogueado fuerte del Mosela había cortado el paso a los invasores del otro lado del Rhin. Pero su hora había sonado. Rodeado de *Pickelhauben*, encerrado entre los muros bajo el fuego de *les canons terribles*, Bazaine abandonó toda esperanza de contraataque. «Prohíbo expresamente que nadie avance una sola yarda», manifestó. Mientras las bandas alemanas interpretaban jubilosas el emotivo *Heil dir im Siegeskranz*, los cañones de Krupp iban demoliendo poco a poco los viejos y gruesos muros. Sin perspectivas de recibir refuerzos, con escasas vituallas y los muros desmoronándose a su alrededor, Bazaine tuvo que rendirse, y lo hizo el 24 de octubre, rechazando amargamente los honores de la guerra (28).

París quedó abandonado a su suerte. Los batalladores dirigentes de la ciudad resultaron ser una presa menos fácil que su emperador en Sedán y su mariscal en Metz, y durante casi catorce semanas, rechazaron desafiantes el veredicto de los cañones. *La ville lumière*, el corazón del mundo cosmopolita, no podía aceptar, sencillamente, lo que estaba ocurriendo. En julio la gente había invadido las calles gritando «*A Berlin! A Berlin! Vive la guerre!*», y el 6 de agosto unos especuladores de la bolsa de valores que trataban de influir en el mercado, extendieron la noticia por la rue Vivienne, de que todo el ejército del príncipe heredero de Prusia había sido capturado. Cuando se supo que había ocurrido lo contrario, los parisienses se mostraron incrédulos. Léon

Gambetta, ministro del Interior con la nueva república, manifestó que «una nación en armas», no podía ser vencida, y ordenó una *levée en masse.* «Atados y contenidos ante la capital —pronosticó—, los prusianos, lejos de su país, ansiosos, acosados y cazados por nuestro valiente pueblo, poco a poco caerán diezmados por nuestras armas, por el hambre y por causas naturales.» París insistió, era mucho más fuerte que cualquier fortaleza de provincias. Eso sí era verdad. Los rumores que Krupp había escuchado acerca de las defensas de la ciudad no carecían por completo de base. En 1840, Thiers se había aprovechado de una crisis en el Cercano Oriente para dotar a la ciudad de una *enceinte* (muralla) de 30 pies de alto, un foso de 10 pies de ancho, y 94 bastiones, 15 fortines y 3.000 cañones que cubrían los accesos a París. Lo que Gambetta no había previsto —y no podía culpársele de su miopía en el aspecto militar—, era que en tres decenios la nueva potencia de la artillería había hecho anticuados todos estos sistemas defensivos (29).

Empleando los ferrocarriles franceses, Moltke avanzó rápidamente hacia el Marne. El 15 de setiembre estaba ya en Château-Thierry, planeando el asedio. Dos días más tarde se inició un gran movimiento envolvente, en el que el príncipe heredero de Prusia avanzó desde el sur, y el príncipe heredero de Sajonia hacía lo propio desde el norte, para entrar ambos en contacto. La maniobra fue completada en veinticuatro horas. El último tren correo salió de la ciudad el 18 de setiembre. Al día siguiente fueron cortadas las líneas telegráficas, y París quedó aislado, expuesto al fuego de los implacables cañones germanos. Al tiempo que las líneas eran cortadas, el *Journal Officiel* insinuaba en París que la ciudad estaba cercada y manifestaba a la población que «no... se sorprendiesen por la ausencia de comunicaciones telegráficas con el resto del país». En ese momento los defensores hicieron una rápida incursión fuera de las murallas, pero retrocedieron aterrados ante las bocas de los cañones de Krupp, situados en la meseta Châtillon, una eminencia situada a las puertas de la ciudad. Un parisiense que se encontró con una escuadra de zuavos en retirada, escribió en su Diario que «uno de ellos, riendo nerviosamente, me dijo que no había habido batalla, que hubo una retirada general, y que él mismo no disparó un solo tiro. Me asombró la mirada de esos hombres... vaga, inquieta, vidriosa, sin fijarse en parte alguna». Era una mirada que iba a hacerse cada vez más familiar a los franceses, en los setenta y cinco años que siguieron (30).

La capital cultural del mundo se hallaba abarrotada de periodistas, y sus notas durante el asedio están repletas de alusiones similares. Una vez que el humo se hubo disipado de las alturas de Châtillon, otro cronista, que se calificó a sí mismo en sus memorias de posguerra de «residente asediado», hizo «unas pocas visitas», y advirtió que todos «parecían preocupados por medir la distancia que había desde las baterías prusianas al domicilio de cada uno. Encontré a un amigo escondido en un sótano sobre cuya entrada había colocado numerosos colchones, con el fin de protegerse de las bombas». Para los ciudadanos más perspicaces pronto se hizo evidente que la anulación de sus defensas sólo era cuestión de tiempo. «Si en nuestras incursiones —escribió uno de éstos— invariablemente hemos sido rechazados por la artillería prusiana de campaña, ¿qué esperanza nos queda de abrirnos paso a través de las líneas enemigas, ahora que el terrible cañón Krupp está situado en torno a París, en construcciones que hasta ahora se nos había asegurado que fueron destruidas por nuestros artilleros con tanta rapidez como fueron levantadas?» La concentración de baterías más importante se hallaba en las alturas de Châtillon. El intendente mayor, general Podbielski, se disgustaba con cada pedido de cañones de Essen, aunque lo cierto es que los

artilleros los estaban desgastando deliberadamente. Los cañones más pesados de Krupp lanzaban sus proyectiles a 5.600 metros de distancia, con lo que sólo alcanzaban a los suburbios de París. Sin embargo, sobrecargando intencionadamente las piezas, y elevando los cañones a un ángulo de treinta grados, los artilleros descubrieron que podían disparar las granadas a 7.000 metros, distancia que hasta entonces nunca se había conseguido en artillería. Entre doscientas y trescientas granadas caían diariamente en la ciudad, estallando unas en la Ile de St. Louis, otras en la Salpêtrière, en el Panteón, la Soborna y la iglesia del Sagrado Corazón. La orilla izquierda sufrió el peso del bombardeo, pero toda la capital se hallaba intimidada. A fines de diciembre el Ministerio de Agricultura, esperando incrementar la moral de la población anunció que se distribuirían raciones suplementarias. La medida fue acogida con sarcasmo, y un observador escribió sardónicamente: «Gozad del día de Año Nuevo, parisienses, y engordad para Krupp de Châtillon.» (31).

En un período de tres semanas, 12.000 granadas cayeron sobre 1.400 edificios, quedando 20.000 parisienses sin hogar. Para bombardear un baluarte que se alzaba al este de la ciudad, Moltke reunió setenta y seis de los cañones Krupp más poderosos. Uno de los defensores midió un cráter formado por esas granadas, y comprobó lleno de asombro que medía un metro de hondo por un metro y medio de ancho. Con ello las poco profundas trincheras francesas quedaron rápidamente inutilizadas, y algunos soldados resultaron enterrados vivos. El comandante francés no tenía elección y ordenó que se evacuara el fuerte. Archibald Forbes, un veterano corresponsal de guerra del *Daily News*, de Londres, entró con los vencedores el 30 de octubre de 1870, y describió así los cuerpos mutilados de *les braves gens* a sus espantados lectores:

> «El terrible aspecto de aquellos muertos sobrepasaba todo lo que yo había visto o había soñado ver en la estremecedora pesadilla que siguió a la batalla campal. Recordé cómo habían muerto, no por la aguda bala de los fusiles, que produce un diminuto orificio a través del cuerpo y deja a la persona sin desfigurar, a menos que le dé en el rostro, sino destrozados por proyectiles de tremendo peso, convertidos en fragmentos por las explosiones de muchas libras de pólvora, mutilados y retorcidos por macizos trozos de hierro.» (32).

A principios de 1871 Alfred ya empleaba a 10.000 hombres, de los que 3.000 eran obreros contratados en julio. Los franceses recordarían el nuevo año como *l'année terrible* pero Krupp vería las cosas de modo muy distinto. Por vez primera Prusia era, con gran diferencia, su principal cliente. Sin dejarse desalentar por la actitud de Roon, se puso a pensar en nuevas armas. Una de ellas resultó interesante. Con excepción de las palomas mensajeras, el único medio de comunicación de París con el exterior era el aeróstato. En consecuencia, Alfred y su mejor técnico, Wilhelm Gross, diseñaron un *preussiesches Ballongeschütz*, el primer cañón antiaéreo del mundo. En algunos aspectos resultaba muy semejante al celebrado cañón antiaéreo de su nieto, Alfried, el de 88 de la Segunda Guerra Mundial. El tubo tenía unos dos metros de largo, la armadura cinco metros de alto, incluyendo la caja de acero, el gatillo y la guarda del gatillo, como en un fusil. Podía hacérselo girar rápidamente en cualquier dirección. Los servidores de la pieza introducían una granada en la recámara, hacían girar una manivela para cerrarla, y colocando la culata de acero contra el hombro de uno de ellos, apuntaban a través de una mira posterior y hacían fuego. El 3 de diciembre el príncipe

heredero Federico Guillermo anotó en su Diario: «Krupp, de Essen, nos ha enviado un modelo de cañón antiaeróstatos, como le llaman, y cree que con esto, un invento que parece una batería de cohetes, los globos que asciendan desde París serán alcanzados y destruidos.» El modelo fue aprobado inmediatamente. Con halcones de Sajonia se había interceptado y dado muerte a cierto número de palomas mensajeras (provocando las protestas de los parisienses por semejante «barbaridad y crueldad»), pero los fusileros habían fracasado estrepitosamente contra los aeróstatos, y por más que la caballería galopaba detrás de algunos globos durante muchas millas, siempre regresaban con las manos vacías. Por fin llegó el primer cañón antiaeróstatos desde el Ruhr. Un corresponsal de guerra inglés telegrafió a su director asegurando que el alcance del arma «se afirmaba que excedía de las 500 yardas» —realmente lanzó una granada de tres libras a 666 yardas—, y que el artefacto «no era diferente de algunos grandes telescopios». En cuanto a los testimonios sobre su eficacia, varían notablemente. El número de globos remontados durante las horas del día descendió bruscamente, y los partidarios de Krupp lanzaron alegres vivas. Sus críticos, en cambio, insistieron en que ello se debía a que en París iban quedando pocos aeronautas experimentados (33).

El 28 de enero, cumpliéndose el 113.° día de iniciado el cerco de París, todas las discusiones cesaron. La capital de Francia capituló. Por delante quedaba la Comuna, la guerra civil, un segundo asedio y los horrores de la muerte por falta de alimentos. Para los vencedores el botín fue sustancioso. Al firmar el tratado, Bismarck exigió una indemnización de mil millones de dólares y la cesión de Alsacia y de Lorena Oriental. Aunque estas condiciones no se acercaban en severidad a las que Francia impuso a Prusia en 1807, los términos fueron lo bastante duros como para asegurar un ardiente irredentismo en las zonas conquistadas, y al reformar las fronteras según consideraciones lingüísticas y estratégicas, sin tener en cuenta el aspecto industrial, Bismarck dejaba al Ruhr peligrosamente cerca de los límites fronterizos. Pero el mañana estaba muy lejos; en 1871 los conquistadores sólo podían sentirse alegres con su gloria. Con eso les bastaba. Nada como aquello había ocurrido en el balance del poderío continental europeo desde que Gustavo Adolfo aplastó la poderosa alianza católica en unas pocas semanas, en 1631. Prusia y sus aliados germánicos, según escribió el profesor Howard, habían «destruido totalmente el poderío militar de la Francia imperial. Durante cerca de ochenta años la nación derrotada había sido la ley en cuestiones militares para Europa, mientras que el actual vencedor, diez años antes fue la menor potencia bélica del continente... Prusia estableció una preeminencia militar y una hegemonía política que hizo de la unificación de Alemania, bajo su jefatura, un asunto natural, y que sólo una alianza integrada por casi la totalidad de las principales potencias del mundo podrían arrebatarle medio siglo más tarde» (34).

La unificación se logró mientras las bocas de Châtillon seguían aún vomitando fuego. El 2 de diciembre el rey Luis de Baviera dirigió una carta (que había redactado Bismarck) al rey de Prusia invitándole a que asumiera el rango imperial, y diez días antes de la caída de París, Bismarck coronó a Guillermo como kaiser (emperador) del nuevo Reich (imperio), en la sala de los espejos de Versalles. De acuerdo con el Diario de William Howard Russell, del *Times*, de Londres, que se hallaba presente durante la ceremonia de investidura, precisamente al mediodía del 18 de enero el estampido de un cañón de Krupp:

«Retumba lejano por encima de las voces, en la corte que vitorea al rey emperador. Luego hay una pausa expectante y se elevan ricas y sonoras las notas de una canción cantada por los componentes de las bandas regimentales reunidos en coro, cuando el rey, llevando el casco en la mano y vestido con uniforme de gala de general alemán, avanza lentamente a lo largo de la galería, se inclina ante los sacerdotes situados frente al altar temporal que está delante suyo, y luego, retorciéndose el espeso bigote con la mano libre, contempla la escena a ambos lados de él.»

Era la última humillación: Guillermo se había colocado debajo de un cuadro que representaba a los franceses persiguiendo a los alemanes, y dedicado: *«A toutes les Gloires de la France.»* Según las palabras de Alistair Horne, «no sólo había muerto algo del antiguo orden de Europa; a los daños del bombardeo de París se agregaba un tremendo insulto, y la combinación de ambas cosas sería la causa de una especial acritud en las relaciones franco-prusianas en los tres cuartos de siglo que siguieron». Los actores seguirían interpretando sus papeles, pero la suerte había sido decidida sobre los yunques de Essen antes de que se hubiera disparado el primer tiro. Según las palabras de Horne: «Como los franceses iban a descubrir de nuevo en 1914, sus fortificaciones eran sencillamente inadecuadas para enfrentarse a los últimos productos de herr Krupp.» Europa comenzó a pensar más a fondo en la naturaleza del carácter prusiano. El *Times* protestó por el brutal comportamiento de las tropas alemanas; los cañones de Prusia hundieron cinco barcos carboneros ingleses en el bajo Sena, y Archibald Forbes, del *Daily News* londinense, describió en su diario la arrogante observación de un joven Junker, que le informó de que su regimiento «antes de que hubieran pasado dos años, estaría asediando el castillo de Windsor» (35).

En Versalles, mientras tanto, el nuevo kaiser nombraba a Bismarck príncipe, así como canciller de su Gobierno. Esta vez no hubo gruñidos desaprobadores del sur de Alemania. La patria dividida era algo que pertenecía al pasado. Unidas estrechamente por la magnificencia de los hechos de armas, ambas federaciones germánicas abandonaron de buen grado su soberanía y se sometieron al espíritu de la época; los capellanes sajones rezaron en Versalles, como un augurio: «Ya una raza, un pueblo, somos ahora una nación.» Así pues, los comienzos de *Ein Volk, ein Kaiser, ein Reich* —posteriormente con la sustitución de Kaiser por Führer—, iban e imperar en Europa Central durante tres cuartos de siglo. El único que saldría perdedor en Alemania sería el Gobierno parlamentario; sus defensores habían sido los liberales, los que se opusieron a la nueva política del canciller relativa a *Eisen und Blut,* y ahora quedaban desacreditados. Para *das Zweite Reich* las perspectivas se le presentaban espléndidas. El nuevo imperio, con el Ruhr aportando el núcleo industrial para las aventuras militares, dominaba la *Weltpolitik.* Los soldados del extranjero no tardarían en rendir su homenaje. En Estados Unidos de Norteamérica, los cadetes de West Point habían llevado hasta entonces el quepis de los grandes ejércitos napoleónicos, y de pronto, tanto los de West Point como el cuerpo de infantería de marina, adoptaron los cascos con punta. El año entre 1870 y 1871 fue el momento más espléndido de la historia militar alemana, y los súbditos del nuevo kaiser, sin saber que aquella sería la última batalla victoriosa de Alemania, se mostraron entre asombrados, reverentes e increíblemente altaneros. Alfred Krupp rebosaba alegría, y escribió en su deficiente inglés a Longsdon, que se hallaba en Londres: «¡Mire lo que ha hecho nuestro ejército!» (36).

En 1963 el autor de este libro halló el *Ballongeschütz*, el cañón antiaéreo de Alfred, en un oscuro rincón del Zeughaus, el antiguo museo militar de Berlín Oriental. Los directores comunistas de este museo ignoraban el significado de la pieza, y ni siquiera sabían quién la había construido, si bien el nombre *Fried. Krupp, Essen* podía leerse aún en la placa de latón del arma. Y es que son los generales, y no los fabricantes, las celebridades de las guerras. El fin de la contienda franco-prusiana, como el de la guerra civil americana, seis años antes, fue seguido de la triunfal erección de estatuas en las plazas de las ciudades. Se representaba por lo general en Alemania a un héroe agonizante, tendido en el campo de batalla y empuñando con una mano la bandera de Prusia, mientras que con la otra se aferraba a un cañón de Krupp. El inventor del arma no aparecía en la estatua, claro está. Sobre una columna de lo que ahora es el Berlín Occidental, el Gobierno erigió la dorada *Siegessäule*, la deidad de la victoria de 1870. Los berlineses la describieron —y aún lo hacen—, como «la mujer más pesada de Alemania, la más cara y la más barata, porque por sesenta pfennigs usted puede subir a ella y obtener una hermosa vista de la ciudad». Incluida en la vista están las estatuas del Tiergarten que representan a Bismarck, Moltke y a Roon —el que tan duramente se opuso al cañón de Krupp—. Exceptuando a la ciudad de Essen (Alfred encargó tres estatuas de sí mismo), la patria no alzó monumento alguno a Krupp (37).

Pero no había necesidad de ello, pues Alfred estaba recibiendo homenajes de todas partes del mundo. Todos le identificaban con el triunfo conseguido, y Krupp descubrió que una guerra victoriosa era mejor propaganda aún que una feria mundial. Su producto había demostrado ser efectivo en el laboratorio de la batalla. Pero siendo como era, Alfred buscó una mancha oscura en la nube dorada, y por fin la encontró:

> «*Ich bin sehr müde, nervös, kaputt und kann so nicht mehr wieitermachen...*»
>
> «Me siento muy cansado, nervioso, desgastado, y no puedo seguir así; ¿quién protegerá a los talleres Krupp, que están tan cerca de la frontera, contra los franceses, si la dirección de los disparos se invirtiera durante una nueva guerra de revancha?» (38).

Y sin embargo, al celebrarse el primer aniversario, Alfred se sintió hasta optimista. Los años anteriores al Congreso de Berlín de 1875, fueron la primera edad de oro de los fabricantes de armas. La empresa recibió un aluvión de pedidos; el cañón de Krupp se convirtió en un símbolo de poderío para las naciones. Turquía lo utilizó para guardar el estrecho de Bósforo, y Rumania lo empleó para proteger las cuarenta fortalezas de Bucarest. Según se afirma, la diminuta Andorra compró un cañón Krupp de largo alcance y descubrió que no podía dispararlo sin que la bala cayera en territorio francés. En 1873, la nómina de operarios de la Kruppswerke era de nuevo el cincuenta por ciento más extensa que en 1870; la firma había sobrepasado la cúspide de su producción en tiempos de guerra. Luego llegó el espectro de la guerra chino-japonesa de 1874-75, la primera de una larga serie de frutos maduros que cayeron en el regazo de Alfred. Tokio había comprado cañones a Schneider, y los dirigentes chinos los adquirieron a Armstrong, pero para entonces las memorias de los hombres que lucharon en Sedán, Metz y París estaban dando la vuelta al mundo. Así, cuando Krupp escribió una halagadora

carta a Li Hung-chang (llamado «el Bismarck de Asia»), y le envió un ferrocarril en miniatura, Li contestó adquiriendo 275 cañones de campaña, otros 150 para armar el fuerte de Taku, que vigilaba el acceso a Tientsin, y armamento completo para ocho navíos de guerra. Como muestra de gratitud, Alfred colocó un retrato de Li a la cabecera de su cama, a pesar del temor que sentía por los objetos combustibles dentro de su mansión. La noticia de esta maniobra china llegó hasta Potsdam, donde el rey dijo sonriendo: *«Krupp schreibt den Regierungen vor, was sie kaufen müssen»* (Krupp dice a los Gobiernos lo que deben comprar.) Cuando se trataba de Gobiernos pobres, Alfred lo hacía así, en efecto, y varios países atrasados estaban recibiendo envíos de armas anticuadas. Por ello, a pesar de la enorme cuenta que pagó Li Hung-chang no obtuvo el último modelo de Essen, el cual fue enviado a San Petersburgo, en cambio, ese mismo invierno. Los fortines de Taku recibieron un cañón técnicamente pasado de moda, y otra excelente orden, que procedía de Bangkok, fue atendida del mismo modo. Alfred escribió despectivamente:

> *«Was könnten Chinesen und Siamesen nicht für Löcher damit in ihre Feinde schiessen!»*
>
> «¡Los chinos y siameses pueden destrozar muy bien a sus enemigos con eso!» (39).

6

Der Grosse Krupp

El temible Segundo Reich de 1871, una amalgama de cuatro reinos, seis grandes ducados, cinco ducados, siete principados, tres ciudades libres y el imperial dominio de Alsacia-Lorena, unidos todos bajo el mando de un solo *deutscher Kaiser,* o bien, como su corte llegó a llamarle, «*der Allerhöchstesselber*» (el Más Alto), debió haber adoptado una apariencia más mundana y cosmopolita. Pero la transformación había sido demasiado rápida. Los dirigentes Junker seguían reteniendo su *Störrigkeit* (tozudez) prusiana, que les había cegado respecto al valor del cañón de Essen anteriormente, y que hostigó a Krupp, por increíble que parezca, en la que debía haber sido su hora de reivindicación. Todas las contiendas entre Wörth y París habían demostrado que el Kruppstahl era en la batalla más digno de aprecio que el oro. El mundo así lo reconocía; y no sólo China y Siam, sino que hasta el lejano Chile llegó ante las puertas de la Gusstahlfabrik, invitando a una misión de Krupp para que se trasladase a Santiago, e iniciando con ello la carrera de armas que ha sido la plaga de Hispanoamérica desde entonces. Los competidores de Essen lo sabían, y tanto Armstrong como Schneider-Creusot mandaron telegramas en código a sus vendedores, ordenándoles que siguieran a los agentes de Alfred en todo momento. Los alemanes perspicaces se dieron cuenta de ello; así Görlitz, al estudiar las lecciones de la guerra, sacó en conclusión que:

> «*Neben Clausewitz als Philosoph des Krieges wurden Alfred Krupp als Rüstungsindustrieller oder Werner von Siemens als Telegraphenbauer die Väter einer modernen Kriegsführung.*»
>
> «Con su industria de armas, Alfred Krupp, cuyos únicos competidores son Clausewitz, el filósofo militar, y Werner von Siemens, el inventor del [disco de llamada del] telégrafo, se ha convertido en el padre de la moderna industria bélica.» (1).

Y sin embargo, los jefes militares se mantenían divididos respecto al valor de lo que popularmente se conocía como *die Firma.* Podbielski trató de convencer al kaiser de que aumentar la velocidad inicial de la bala era «un asunto de escasa importancia» *(es macht nicht viel aus),* extraordinario argumento para un militar que había sido testigo de las

mayores hazañas bélicas de Prusia, sin exceptuar la forzada marcha de Blücher sobre la llanura de Waterloo. Asimismo, Roon llevó su querella con Krupp a la época de paz y sugirió al kaiser que dejase de lado los cañones de acero y volviese a adoptar los de bronce (2).

Alfred se batió en retirada. Estaba seguro de que «los franceses, conscientes de su inferioridad en los duelos de artillería», dedicarían sus energías a un rápido rearme. Si debía mantenerse la victoria, Alemania debería permanecer «por delante de ellos». El 13 de abril, seis semanas después que los términos del tratado de paz fueron aceptados por la nueva Asamblea Nacional francesa, reunida en Burdeos, Krupp se hallaba en Berlín y escribió a Moltke:

> ...«*erlaube ich mir ganz gehorsamst zu melden, dass ich eine Versuchsstation für Geschütze aller Gattungen zu errichten beabsichtige... möglichst eben, an einer Eisenbahn liegend und nahe meinem Etablissement oder wenigstens dem Regierungsbezirk Düsseldorf.*»

> ...«Con todo respeto me permito informarle que considero la conveniencia de establecer un campo de pruebas para cañones de todas clases, teniendo en cuenta que, con el grado de eficacia que se ha alcanzado, y con el futuro desarrollo que debe lograrse, no existe lugar en el país que sea adecuado, en lo que se refiere a seguridad y condiciones de observación. El sitio debe tener aproximadamente dos millas alemanas de largo y una de ancho; estará deshabitado, sin cultivos ni carreteras próximas; será tan llano como sea posible, se encontrará junto a una línea de ferrocarril, y cerca del distrito gubernamental de Düsseldorf.» (3).

En su contestación, Moltke le aconsejaba que hiciera esa solicitud a «*seine Exzellenz den Kriegsminister Von Roon*». Esa era jugarle una mala pasada, ya que Moltke estaba al corriente de la pugna que existía entre los dos hombres. A pesar de todo, Krupp recogió el guante y apeló a Roon el 17 de abril, alegando que un «pronto rearme» *(Beschleunigung der deutschen Bewaffnung)* era absolutamente imprescindible, y ofreciendo «una contribución de 25.000 táleros para sufragar los gastos de las pruebas de comparación más interesantes, que se llevarán a cabo entre los cañones de acero colado y los de bronce» (4).

La respuesta del Kriegsminister, emitida el 22 de abril, fue iracunda. Por el momento, afirmaba, iba a «contenerse de hacer un comentario definido acerca de sus propuestas», aunque se maravillaba de «la ligereza con que usted trata sus propios intereses financieros». Al día siguiente Alfred apeló directamente al kaiser. Hizo notar «la preferencia, que ahora existe en los círculos influyentes, para introducir... un cañón de bronce de cuatro libras», y atribuirlo a oficiales que, «con su bien conocida oposición a cualquier progreso que proceda de mi establecimiento, y aferrándose al bronce, dominan la opinión y las decisiones de la mayoría». Estableció luego claramente (y con toda razón) que «emplear bronce es un despilfarro de hombres, caballos y material *(Vesrchwendung an Menschen, Bespannung und Material)*, un desperdicio de inapreciables elementos que se sacrifican en vano, pero que pueden desempeñar un papel decisivo si utilizan los más eficaces cañones de acero colado *(besten, wirksamsten Gusstahlrohren*». A pesar de «toda la resistencia de los prejuicios fanáticos —arguyó—, el acero colado ha logrado su actual posición como el material más indispensable, tanto en la guerra como en la paz». Aseguraba que los europeos de 1871 debían comprender que estaban en la Edad del Acero. «Los ferrocarriles, la grandeza de Alema-

nia y el ocaso de Francia, pertenecen a la Edad del Acero; la Edad del Bronce es ya del pasado.» Renovó su solicitud para que se celebrasen «pruebas de comparación». Añadió que el cañón Krupp que había aniquilado a Napoleón III se estaba volviendo anticuado: «El actual tipo de cañón es en relación al más nuevo, como el fusil de avancarga al de retrocarga.» Una velocidad inicial de 1.700 pies era ahora indispensable. Alfred se hallaba dispuesto a probar semejante cañón, y deseaba suministrar al ejército de Guillermo dos mil unidades del mismo (5).

En privado, Guillermo se sintió inclinado a acceder. El kaiser dijo a Podbielski que estaba diciendo «*Blödsinn*» (tonterías). Bismarck, por su parte, estuvo de acuerdo con Krupp en que una gran parte de las indemnizaciones francesas debían aplicarse a fortificar la nueva frontera para protegerse de los vengativos franceses. Pero no era momento para enfrentarse con Roon. También él, a su modo, había contribuido poderosamente a levantar el nuevo imperio. Su organización del ejército hizo posible las vertiginosas movilizaciones de 1866 y 1870, y el Offizierskorps estaba bien enterado de todo esto. Más tarde se podría dejar de lado a Roon, dijeron a Alfred, pero mientras tanto, el rey de los cañones debería tener paciencia. Alfred no la tenía, desde luego; durante cinco semanas estuvo hospedado en la capital, a las mismas puertas del Ministerio de la Guerra, y en el último día escribió a Voigts-Rhetz, manifestando: «Haré todo lo que esté de mi parte para que Prusia se encuentre mejor armada que hasta ahora para combatir la creciente inclinación de las personas más influyentes hacia la nueva introducción de los cañones de bronce.»

A pesar de todos sus esfuerzos, Alfred regresó al Ruhr derrotado. Según parecía, Sedán no había cambiado nada. El profeta aún era honrado en todas partes, salvo en su tierra. San Petersburgo de nuevo le cortejaba (astutamente Alfred se echó atrás basándose en que si «había guerra entre Alemania y Rusia, lo cual no es en modo alguno imposible, evidentemente no puedo hacer armas que se utilicen contra la patria»). Su propio convenio con Napoleón III aún era reciente, y del mismo modo, los dirigentes cívicos del Birmingham, Alabama, querían que trasladara sus fundiciones allí. Pero Alfred permaneció donde estaba, confiando en que la marea prusiana volvería a su cauce. «Las autoridades militares y la Comisión de Pruebas están siempre contra mí. Volveré a salir a flote, a pesar de todos ellos, como en el pasado» (6), afirmó.

Sin embargo, se estaba volviendo demasiado viejo para aguardar los acontecimientos. Alfred consideraba que los armeros, a semejanza de los ejércitos, tienen derecho a gozar de intervalos de paz. Su vida privada seguía siendo caótica. Aquel mismo abril llegó a carecer de las más elementales comodidades del ser humano. Debido a su desafortunada elección de los materiales de construcción franceses —por no hablar de su propia actividad como arquitecto—, Villa Hügel se hallaba sin techo. Esperaba que con el tratado de paz volvieran a mandarle la piedra caliza desde Chantilly, pero la Comuna de París mantuvo cerradas las canteras hasta otoño. Niza se mostró inaccesible por la misma razón, de modo que a mediados de setiembre Alfred se marchó con su mujer y su hijo de diecisiete años a Inglaterra. Se instalaron para pasar el invierno en Torquay; esta ciudad gustaba a Bertha por sus mediterráneas palmeras, que le recordaban la Riviera, y sus muelles, le hizo notar complacido su esposo, habían desempeñado un papel principal cuando Inglaterra luchó con la Gran Armada española.

Frau Krupp aseaba despreocupada, mientras el joven Fritz, botánico incipiente, recogía especímenes. Alfred, por su parte, bombardeaba a la patria con sus cartas. El volumen de su correspondencia de Torquay

y sus comentarios intercalados en ella —«Debo terminar hoy, pues estoy siempre cansado»; «No puedo remediarlo, si el lápiz se pone a escribir»; «Ya es hora de ir a dormir. Dios le ayude a entender mi letra»—, sugerían que apenas hacía otra cosa que escribir. Continuó mandando untuosas misivas a Berlín, en las que aseguraba al príncipe heredero: «Tengo su retrato ante mí en todo momento.» Al Prokura envió detalladas instrucciones sobre la forma en que debían limpiarse las calderas, y advertencias contra «el uso de calidades inferiores de mineral de hierro, que podían arruinar los talleres», así como sermones moralizadores y determinadas órdenes para efectuar construcciones. Quería que el trabajo comenzase en tres de los albergues destinados a los Kruppianer. Luego, «en cuanto la estación lo permita», la Stammhaus debía «mejorarse todo lo posible, cambiándole las vigas y los marcos de las puertas que estuvieran carcomidos, para restaurarlos y dejarlos como estaban originalmente. La habitación A deberá tener una sola ventana, como antiguamente, y todas las persianas tendrán un orificio de ventilación con esta forma ...La casa pequeña no debe ser destinada a ningún propósito comercial. Deseo que se conserve tanto tiempo como duren los talleres, para que mis sucesores, igual que yo mismo, podamos contemplar con agradecimiento, esa fuente de grandes obras. Ojalá que esa casa y su historia puedan infundir valor a aquellos cuyo ánimo flaquea, e imbuirles perseverancia, al par que sirva de advertencia para no despreciar lo más humilde, y para cuidarse de la arrogancia» (7).

Lo más humilde de Essen seguía siendo, quizá, la gran mansión castillo que iba a remplazar a la Stammhaus y a la Casa Jardín. Aunque la piedra caliza seguía llegando, y se había construido el techo, los constructores informaron a Alfred que las instalaciones interiores no estarían terminadas hasta el verano siguiente, y que no había posibilidad de ocupar la casa hasta 187, tres años más tarde. «Cada vez me siento más decepcionado —escribió Alfred—. Siempre recibo una explicación tardía de los motivos de inactividad de los señores Funken y Schürenberg (los constructores)... Pero las palabras y las promesas no me satisfacen. Yo espero hechos, y tendré cuidado de que el que sea demasiado débil para cumplir lo ofrecido, o que se imponga alguna vez sobre mí, no tenga posibilidad de volver a hacerlo.» A Voigts-Rhetz le escribió el 2 de marzo de 1872: «Desde que estoy aquí no me he ocupado de otra cosa más que de los arreglos relativos a mi casa de Essen.» Eso no era cierto. En la misma carta, Alfred solicitaba al general un informe sobre «los éxitos que usted y el príncipe Bismarck han tenido con el kaiser». Las manifestaciones de la Real Comisión de Pruebas podían refutarse rápidamente, declaró, «puesto que mi Comisión de Pruebas de Essen ha estado siempre al corriente del asunto, y puede contestar cualquier pregunta al momento». Luego, al día siguiente, llegó a Torquay un telegrama de Ernst Eichhoff. El anciano primo de Bertha informaba de algunas disensiones en los talleres, Alfred exigió inmediatamente que le dieran más informes:

> «*Warun soll ich nicht wissen wer gahrt und was gährt? ...so kann jetzt nur mündlich das letzte Wort geäussert werden, worauf ich durchaus gefasst bin.*»

> «¿Por qué no debo saber lo que está sucediendo, y quién lo está tramando? ¿Quién se opone, quién se rebela y por qué lo hace? La verdad nunca es tan nociva como las aprensiones que uno puede alentar. No voy a escribir más. Y si todo lo que ya he escrito no ha bastado, sólo podré arreglar las cosas yendo en persona, y a eso ya me he hecho bien la idea.» (8).

Antes de marcharse, Alfred se quitó la peluca y colocó su mechón de pelo verdadero ante los ojos de Bertha, insistiendo en que le dijera que su cabello se había vuelto más blanco desde que había salido del Ruhr. Ella se mostró de acuerdo, y luego escribió en su Diario: «*Was man alles erleben kann, ist wirklich fabelhaft*» (Es verdaderamente notable lo mucho que una puede aguantar.) (9).

La pugna de Essen era entre el Prokura y el departamento técnico. Se trataba de algo insignificante, pero el Rey de los Cañones juzgó que era un buen momento para regresar. Voigts-Rhetz había tenido éxito al organizar una competencia entre bronce y acero en Tegel. Su entusiasta relato de la misma aguardaba a Krupp: «...Una prueba del cañón se hizo recientemente, a considerable escala, con *los más brillantes* resultados... y esto ha conducido a que la inteligente mayoría de la Comisión de Pruebas se declarase en favor de su cañón, como el *único* cañón para la artillería.» En consecuencia, informó el general, Bismarck se había «uncido ahora él mismo al carro triunfal, con toda su energía». Lleno de júbilo, Alfred garabateó sobre el papel: «¡Ahora tenemos empujando con nosotros al gran árbitro *(Gebieter)* de los destinos de Alemania!», e hizo que la nota circulase entre los miembros del Prokura. Luego prometió a Berlín un millar de cañones para ese año, y un segundo millar para finales de 1873. En enero, el zar le pidió quinientas piezas, especificando el calibre y el diseño, que haría de ellas «de efectos destructivos», pero Alfred dio instrucciones para que los cañones de San Petersburgo se construyeran «mucho más pesados, y en consecuencia menos maniobrables». Si esto parece poco honrado, tratándose de un cliente que, después de todo, había sido bastante más generoso que Berlín, no debemos olvidar, por otra parte, la especial situación en que se hallaba Krupp. Había hablado repetidas veces de su patriotismo, y el contrato con los Romanov era un asunto delicado, que debía explicarse (10).

Alfred tenía que hacer algo: debía entregar cañones al Reich y a Rusia. El producir cuatro tubos de cañón impecables diariamente, y al mismo tiempo cumplir con las demás obligaciones, era algo que estaba claramente por encima de la actual capacidad de producción de la Gusstahlfabrik. En consecuencia, tendría que ampliar su industria. Realmente ya había comenzado a expandir su capital, mientras aún estaba en Inglaterra. Desde Torquay autorizó la compra de los intereses que controlaban a la Orconsera Iron Company, que estaba a punto de iniciar la explotación de una mina de un valor estimado en un millón de dólares, en las cercanías de Bilbao. Estudiando el problema de transportar el mineral desde la bahía de Vizcaya, se dijo que necesitaba una flota. «Los precios de los barcos ingleses son exagerados, y las planchas son malas —escribió a Eichhoff, en junio—. No puedo librarme de la idea de que... nosotros mismos debemos construir.» Por lo tanto encargó la construcción de cuatro buques en los astilleros holandeses de Vlissingen y Rotterdam, y eso fue sólo el comienzo de su nueva fiebre de expansión. En Alemania pagó sumas iniciales por trescientas minas, y compró las posesiones de dos de sus competidores, el Hermanshütte, de Neuwied, y el Johaneshütte, de Duisburg. El Johanesshütte, solamente, poseía cuatro altos hornos, y Alfred pagó precios excesivos por ellos. El Konzern se hallaba peligrosamente expuesto. Según Meyer escribió a Eichhoff: «En modo alguno es remota la posibilidad de que Krupp pueda verse envuelto en serios problemas financieros dentro de muy corto plazo. E incluso si al fin logra recuperarse, usted se verá de todos modos enfrentado con duras obligaciones. Herr Krupp padece la manía de comprar cosas *(die Manie*

alles kaufen zu wollen). Los banqueros de Colonia están empezando a sentir dudas, y no muestran deseos de contraer más compromisos con él.» (11).

Aquella manía se hallaba muy extendida en el nuevo imperio. Entre 1871 y 1874, las industrias pesadas de Alemania duplicaron su capacidad, y si bien ningún otro empresario llegó a los extremos de Alfred, el cual había aumentado sus obligaciones en 32 millones de marcos, virtualmente todos estaban haciendo grandes inversiones. Alentada por las indemnizaciones de guerra francesas la llama creció más aún. Hasta el prudente Bismarck estaba aventurándose en la compra de acciones a su agente de bolsa Bleichröder. *Eisen und Blut* había sido remplazado por *Bereichert Euch,* para sacar partido de la situación. Entonces se produjo el desastre. En setiembre de 1873 los franceses efectuaron su último pago. La hecatombe se inció con una serie de fracasos de los Bancos vieneses, extendióse por toda Europa, salvó el Atlántico y golpeó de lleno en Wall Street el 20 de setiembre, en que la Bolsa de Nueva York tuvo que cerrar durante diez días. La actitud de Alfred debió ser atrincherarse. Meyer le suplicó que dejase de gastar, pero él no podía con su genio, y en lugar de ello extendió sus créditos a corto plazo, pagando 900.000 marcos por una mina y 4.000.000 por otra, con lo que sometió a sus consejeros financieros, según una crónica de *die Firma* a «un estado total de incertidumbre». Se hallaba obsesionado con el pensamiento de que aquél era el momento más adecuado para resolver la situación de las materias primas. Deseaba que hubiera bastante dinero para su hijo, su nieto y su biznieto. «A fin de asegurarles un desahogado futuro —escribió Alfred—, es necesario que los talleres tengan sus recursos independientes de minerales, y que los extraigan y los trabajen igual que hacen ahora con el agua, en estado puro, y de nuestras mismas propiedades, libres de agentes e intermediarios, y bajo su propio control exento de influencias.» (12).

Sobre el papel, Alfred era el propietario de la mayor empresa industrial de Europa. Pero cuando vencieron los créditos a corto plazo, la endeblez del edificio se hizo estremecedoramente evidente. Día a día enormes deudas se presentaban, y sólo una solución parecía posible: convertir a Krupp en una compañía de accionistas. Alfred rechazó la idea, y escribió sin ambages: «No tenemos ni tendremos accionistas aguardando nuestros dividendos.» De todos modos, no podía eludir a los deudores que aguardaban sus pagos. Estaba en un callejón sin salida, en el comienzo de lo que sus descendientes del siglo XX conocieron como *die Gründerkrise,* la Crisis del Fundador. Para el *Gründer* el camino resultaba bien claro. Debía apelar al kaiser. Escribió a Guillermo rogándoles «el favor de una audiencia», a fin de tratar sobre «un asunto privado, un deseo». Su Majestad, aunque era cortés, no respondió. A principios de febrero, cuando rumiaba sombríamente acerca de su vigésimoquinto aniversario como propietario de *das Wrack der Fabrik,* Krupp había compuesto una frase que fijó en la Stammhaus para que todos los Kruppianer la leyesen: «El objeto del trabajo debe ser el bienestar general; entonces el trabajo es una bendición; entonces es una plegaria.» Y con una plegaria se puso de nuevo a insistir ante el emperador. Consideraba a su establecimiento, escribió a Guillermo, «como un taller nacional». Sus fábricas eran «en cierto modo inseparables del concepto del crecimiento e importancia del Estado, y por consiguiente, indispensables». Por lo tanto, clasificarle a él entre aquellos industriales que eran «sólo duchos negociantes», sería una gran injusticia (13).

Por desgracia así era precisamente como debían clasificarle. Al estallar la guerra con Francia, Prusia tenía justamente dieciocho compañías de responsabilidad limitada. Ahora había quinientas, de las que la mitad,

por carecer de capital, estaban siendo eliminadas. El hacer una excepción hubiera sido como abrir una brecha en un dique. Lo más que el Gobierno podía hacer era adelantar algunas sumas por futuros pedidos de cañones. Pero Alfred se negó a aceptar la decisión imperial. Para él eso era inexplicable. Sin duda Su Majestad no había comprendido. De algún modo debía saber lo que pasaba, por lo que incluso en marzo del año siguiente aún estaba tratando de llegar hasta él a través de su canciller. Pero para entonces Berlín había comenzado a preguntarse si a Krupp podía llamársele inteligente, siquiera. Desde la capital, Meyer escribió a Eichhoff: «El jefe probablemente oirá hablar del príncipe Birmarck en las próximas veinticuatro horas, y se enterará de que no hay ninguna posibilidad acerca de su solicitud sobre ayuda de fondos públicos. Confío en que podré evitar que siga haciendo esa clase de peticiones, que sólo pueden hacerle más daño que beneficio» *(Hoffentlich gelingt es mir, ihn überhaupt von solchen Versuchen abzuhalten, es könnte mehr schaden wie nützen.)* (14).

Nadie era capaz de cerrar una puerta en las narices con mayor fuerza que el Canciller de Hierro, y cuando su atronador *Nein* llegó a Essen, *der herr Chef* se recluyó en su dormitorio. «No me siento demasiado mal —escribió a su hijo—, pero carezco de fuerzas para todo, y sufro cada vez que trato de levantarme.» Una sucesión de médicos, llamados Schweninger, Künster y Schmidt, le atendieron. El primero fue el más afortunado. Ernst Schweninger era médico personal del canciller, y éste deseaba que al menos el armero pudiera continuar trabajando. Los arrebatos de Bismarck eran bastante parecidos a los de Alfred, y en ciertas épocas se retiraba a sus propiedades de Friedrichsruh para reflexionar preocupado bajo los árboles. El médico había logrado un notable éxito al sacar a Bismarck de semejantes trances. El tratamiento de Schweninger era sencillo, y consistía en inclinarse sobre su distinguido paciente y vociferarle «¡LEVANTESE!» Al llegar a Essen, el médico se encaminó directamente a la Gartenhans, donde Krupp se hallaba encerrado, avanzó hacia la alcoba del dueño y aulló *«AUFSTEHEN!»* El espantajo que yacía sobre el colchón dio un salto y se levantó. Entonces el médico atornillóse el monóculo en su lugar, miró fijamente al asombrado industrial y le endilgó un sermón: debía abandonar los cigarros, limitarse a un vaso de vino tinto al día, y tomar abundante aire fresco. Alfred obedeció el primer día, vaciló el segundo, y se olvidó el tercero. Su método para engañar era ingenioso. Podía asegurar, sin apartarse de la verdad, que bebía un solo vaso cada veinticuatro horas. Pero Schweninger no había especificado el tamaño del vaso, por lo que se hizo comprar uno en Düsseldorf que tenía una capacidad aproximada de dos litros.

En cuanto al aire puro, Alfred no creía en él. Estaba convencido que el aroma del estiércol era más sano. El doctor Künster el médico de Bertha, que se presentó a Alfred ante la insistencia de ella, duró menos de un cuarto de hora. Echó un vistazo a la inerte figura y no ocultó su perplejidad. La figura del lecho se movió irritada y gruñó: «*Das müssen Sie selbst ja am besten wissen, was mir fehlt, wozu sind Sie Arzt*» (Debiera saber lo que me pasa; usted es el médico.) Entonces el doctor, acostumbrado a las fragancias más gratas de la Riviera, al inhalar el poderoso olor de los excrementos frescos, manifestó: «*Entschuldigung, Durchlaucht, ich bin nie Tierarzt gewesen!*» (¡Discúlpeme, alteza, pero nunca he ejercido como veterinario!) El doctor diagnosticó entonces que la dolencia de su paciente era «*Hypochondrie, die an Geisteskrankheit grentz*», una hipocondría lindante con la locura. Ese fue el fin de Künster, pues Alfred le despidió inmediatamente. Era evidente que el hombre no conocía demasiado su profesión. Alfred, por último, retuvo a Schmidt, cuyas principa-

les cualidades parecen haber sido la humildad y una interminable capacidad de comprensión (15).

Recluido en su alcoba, apoyado en varias almohadas, Alfred trataba de luchar contra la crisis financiera, procurando ahogarla con su prosa. Todas sus cartas y órdenes estaban escritas ahora con lápiz («La tinta produce un efecto peor en mis nervios»), y la punta de grafito volaba sobre el papel, trazando una escritura tan amplia que a menudo una sola página no contenía más de una docena de palabras. A su hijo le decía: «Debemos superar una seria desgracia, detener un duro golpe, evitar el desastre.» Con el Prokura se mostraba menos seguro de sí mismo. Se preguntaba adónde debía volver los ojos, con «tantas gentes en elevada posición, que no pueden soportarme» *(so viele hochgestellte Leute können mich nicht leiden)*, y al no hallar respuesta se desesperaba: «No debe ser cuestión de hacer más lento el trabajo, de cerrar fundiciones o de trabajar a mitad de ritmo o a media jornada, porque ello significa mortificación, y eso sería el *principio del fin.*» Detrás de esto estaba la astucia de Alfred. Entrenar a nuevos Kruppianer resultaría caro. Desde Berlín, Meyer escribió a Goose: «¡Ya no obtenemos beneficios y vamos hacia la ruina!» Herr Krupp se niega a creerlo; le parece que un aumento de aptitud en los hombres asegurará rápidamente todo lo que él entiende "por orden". Yo le pongo en guardia día a día contra ilusiones de esta especie, pero es en vano.» De mala gana reconoció Alfred que era necesario suprimir algunos gastos. «Con excepción de los talleres de máquinas para armas —decretó—, los trabajadores deben acostumbrarse aquí, igual que en Inglaterra, a que su labor les sea recompensada espléndidamente cuando se obtiene un gran beneficio, y a bajo nivel cuando el beneficio es escaso.» Se consoló él mismo con el pensamiento de que al menos podría contratar a los obreros más capacitados de otras factorías en parecida situación: «Gradualmente se presentarán los operarios despedidos de otras partes, y también los ineptos. Los mejores, de todos modos, se contentarán con sueldos más bajos.» (16).

Pero era demasiado tarde. Sus deudores exigían sin demora un inventario, y de mala gana permitió a Meyer que llevase a un equipo de revisores de cuentas. El veredicto fue desconsolador. Los bienes —fábricas, materias primas, productos en curso de fabricación— habían sido evaluados con exceso. «Después del descubrimiento de Meyer —escribió Alfred a Goose, a la mañana siguiente—, estoy aniquilado.» Se preguntó lo que podía hacer, «tanto como hombre de honor cuanto como persona que no busca la desgracia de nadie». Frenéticamente garabateó: «*Necesito diez millones.*» También aquí había calculado mal. En realidad precisaba treinta millones, unos 17.500.000 dólares. Sólo le quedaba un recurso: los banqueros. El crédito nunca había estado más restringido que entonces, pero Meyer fue recorriendo afanosamente Berlín, de uno a otro Banco. «Bleichröder carece de fondos como para conceder un préstamo de tal magnitud», informó. «Deichmanns también cree que el grupo Rothschild estaría en situación de hacerlo. De todos modos, preferiría diez veces hacer el negocio con Hansemann, antes que con Bleichröder.» Resultó que ningún financiero estaba dispuesto a cargar con semejante fardo, aunque en conjunto, un grupo de ellos reunió el dinero bajo la supervisión del Banco Seehandlung (Compañía Comercial Ultramarina) del Estado prusiano. Antes de que Alfred tocara un solo pfennig, se le pidió que firmase, el día 4 de abril de 1874, un papel que él consideró como «un vergonzoso documento». En realidad era generoso. El Seehandlung sólo se reservaba el derecho de nombrar a un inspector, y el hombre designado fue el propio Carl Meyer. Eso no constituyó diferencia alguna para Alfred, que consideró el 4 de abril como un día aciago, que señalaba

la capitulación de la firma ante los «*Judenschwindler*», a pesar de que no había ningún judío entre los financieros (17).

La falta de buen juicio por parte de Krupp, en este negocio, le confirmó en sus ya peores sospechas acerca de la gente. Culpó de lo que ocurría a todo el mundo menos a sí mismo, y el peso de su ira recayó sobre su fiel Prokura. En 1871 había escrito desde Torquay que la Gusstahlfabrik tenía la «salud y el vigor de un roble de cincuenta años», y sólo pedía a sus directores, «¡Cuiden de proteger su raíz!» *(Beschütz nur ihre Wurzel!)*. Ahora afirmaba que la habían descuidado. El 22 de agosto, casi a seis meses de su rendición, escribió a Longsdon, que se hallaba en Londres: «No he dormido desde entonces. Todos aquellos que han gozado plenamente de mi confianza y amistad, se han olvidado de su deber para actuar de acuerdo con los principios por ellos conocidos... Le expreso a usted, con estas pocas palabras, los desdichados pensamientos que nublaban mi mente... Deseo descansar un poco.» Poco descanso logró, y menos fue el que concedió a su Prokura. Un torrente de exigentes notas cayó sobre sus cinco miembros. Ernst Eichhoff, muy afectado, falleció. También le ocurrió lo mismo a Heinrich Haass, que nunca se había recuperado de la vergüenza de haber sido el representante de Krupp en París, en 1870. Sophus Goose comenzó a perder interés, y a Richard Eichhoff le trastornó tanto su *Herr Chef*, que por más que permaneció como administrador de la fundición, se negó a hablar con él. Cuando Meyer reprochó por su actitud a Alfred, éste aseguró que no podía recordar lo que había escrito, y contestó ásperamente: «*Ich habe die Bilanzen nicht gemacht.*» («No fui yo quien redactó la hoja de balance»), lo cual, desde luego, estaba fuera de discusión. Poco amable con sus lugartenientes, Alfred hizo una extraña amistad con «Schwarz Helene», una excéntrica mujer que vivía sola en un risco que dominaba el río Ruhr, una milla corriente abajo. Por las tardes, Krupp montaba a caballo e iba a contarle sus cuitas. Entre sus colegas industriales, a los que ignoraba por completo, se le conocía abiertamente como *der grollende Alte auf dem Hügel*, el viejo chiflado de la colina (18).

Alfred estaba ahora permanentemente atrincherado en *der Hügel*. Una gran verja de hierro rodeaba su propiedad, y los domingos, los trabajadores y sus familiares colocaban el rostro contra los barrotes, escrutando el panorama de los bosquecillos y el riachuelo fresco y claro. Las grietas de la mansión habían sido reparadas, los cimientos estaban seguros. El apartamento del kaiser se hallaba dispuesto para recibir a su ocupante. En él, un grupo de criados se preparaba para recibir el pendón purpúreo. En el prado delantero había otros diez mástiles. En cuatro de ellos ondearía la enseña personal de Krupp, que ahora estaba siendo diseñada, y en los otros luciría la bandera de las naciones a las que decidiera honrar. Para ahorrar a los monarcas visitantes la indignidad de tener que descender en la estación ferroviaria de Essen, Alfred proyectó un ramal especial para Hügel Park (*).

Como era de presumir, el interior de piedra y acero de la casa era sombrío. Al recordar el Hügel de su niñez, la hoy octogenaria nieta de Alfred, Bárbara, lo resumió al autor de esta obra con una sola y significativa palabra: «Frío.» Cierto es que sus dimensiones eran imperiales. El salón de entrada, con sus cinco grandes arañas, era casi tan largo como medio campo de fútbol, en tanto que el comedor medía veinte metros. El castillo era lo suficientemente amplio como para albergar a cual-

---

(*) Como todo lo demás de la colina, la construcción del ramal privado de Alfred (**Zechenbahn**), llevó más tiempo del esperado, y no empezó a funcionar hasta 1887, el año de su muerte. Sin embargo, la línea ha sobrevivido al último de los Krupp, que falleció en 1967.

quier testa coronada de Europa y a su séquito. Al fin, casi todos ellos pasaron por Villa Hügel, aunque ésta no tuvo el suficiente incentivo como para atraer a Bertha y a su hijo. Sólo en una ocasión, Alfred tuvo suerte y se presentó Fritz en la casa con un compañero de colegio, Alfred Körte. Por desgracia, en esos momentos el talante del anfitrión dejaba mucho que desear. Körte no llegó a ver al dueño de la mansión. No obstante, el joven invitado encontró algunas notas clavadas en su puerta, reprochándole su forma de obrar. Como se especificaban algunos detalles con toda exactitud, Körte tuvo que pensar que unos ojos invisibles estaban fiscalizándole continuamente. Eso lo hizo experimentar, según recordó más tarde, un sentimiento de pavor (19).

El comportamiento de Krupp respecto a sus invitados no era siempre el más adecuado. Una tarde, casi un siglo después, su biznieto Alfried dijo al que esto escribe: «¿Sabe usted? El estaba realmente furioso con esta casa.» Ese era el quid del asunto: un verdadero odio existía entre el hombre y la atrocidad que había creado. Si con ello uno parece indicar que el castillo provocaba esa animosidad, debemos decir que era Alfred quien pensaba de tal forma. Invistió a la mansión de una personalidad específica, y ciertamente la conducta de la casa hacia él parecía mucho más maligna que la del Prokura. El complicado sistema de calefacción resultó un fracaso, y el primer invierno, Alfred casi se congeló. En verano la situación era peor, de ser posible, pues los techos de hierro convertían el interior en una caldera. Los extractores de aire no funcionaban, y como el dueño había ordenado que las ventanas estuvieran permanentemente selladas, hasta se hacía difícil respirar. Lleno de ira, Krupp ordenó que quitaran todo el sistema de calefacción y ventilación, pero las nuevas instalaciones resultaron tan ineficaces como las antiguas, y diez años más tarde también fueron eliminadas (20).

Había dos aspectos placenteros: el tamaño de Hügel, y su abundante vegetación. La certeza de que los olores de su cuerpo eran tóxicos, había ido aumentando con la edad en Alfred, al punto de llegar a creer que sus pulmones podían agotar en una hora el oxígeno existente en una amplia habitación, dejando al único propietario poco menos que asfixiado. Pero con trescientas habitaciones, sus guardias y criados bien podían dormir en la planta baja, dejando las vastas estancias para que él vagase a su gusto, dormitando por la noche en una, y luego, tras aspirar recelosamente en busca de un vestigio de anhídrido carbónico, trasladándose a otra. Era un fantasma viviente que rondaba en su propio castillo. En la oscuridad paseaba incansable de sala en sala con sus larguísimas piernas de araña, como un espectro torturado.

A veces se detenía y miraba con satisfacción hacia sus árboles. Las arboledas de grandes abetos resultaban especialmente gratas, pero lo más asombroso era la enorme haya situada junto a la entrada principal. Ya era un árbol colosal entonces, y en las tres generaciones siguientes se hizo aún mayor. En el Ruhrgebiet hay quien afirma que sus hojas, de color rojo sangre, se vuelven más rojas cada año que pasa, aunque esto, desde luego, es pura imaginación (21).

El 1 de setiembre de 1877, en el aniversario de Sedán, el kaiser Guillermo I llegó en su cuarta visita a la Gusstahlfabrik, y en su primera a *der Hügel.* Le acompañaba una legión de generales y príncipes de relucientes *Pickelhauben,* y corrió el rumor, ampliamente extendido por la Prensa, de que el Más Alto estaba controlando una pequeña inversión que había hecho en las fundiciones. El monarca se vio obligado a dar repetidas negativas acerca de esto, a través de su ministro de Finanzas.

Pero el único motivo que guiaba al kaiser era su absorbente pasión por los detalles militares. No ha quedado registrada su impresión acerca del amplio castillo, pero sabemos que se sintió muy contento por el obsequio que le hizo Alfred de dos pulidos cañones para su yate, el *Hohenzollern.* A cambio de ello, Guillermo entregó a Krupp un retrato de tamaño natural de él mismo, con el «*ewiger Dankbarkeit*» (eterna gratitud) por la contribución del Rey de los Cañones a la victoria de Prusia, siete años antes (22).

A pesar de la escasa afición de Alfred por los cuadros, Hügel se iba atiborrando de ellos (*). Los soberanos extranjeros se mostraban indiferentes a los problemas de contabilidad de Krupp; las cifras especificando el alcance de los proyectiles y la velocidad inicial les interesaban mucho más, y desde la caída de Francia, casi todo jefe de Estado con aspiraciones marciales había cambiado regalos con Krupp, o le había otorgado una condecoración. Los únicos ausentes en este homenaje fueron la reina Victoria de Inglaterra y el presidente MacMahon, de Francia —los cuales tenían industrias de armas propias—, así como los presidentes de Estados Unidos. Alfred debió haber buscado algún modo de rendir tributo a Estados Unidos como agradecimiento a sus pedidos, con los que estaba saldando rápidamente sus grandes deudas. No había visto a Thomas Prosser desde 181, pero desde el contrato que ambos firmaron en Londres, la correspondencia entre Nueva York y Essen se había hecho más intensa con cada mes que pasaba. Desde el primer anuncio de Prosser al respecto —«La gente prefiere mucho más el ACERO KRUPP para toda clase de herramientas, como escoplos, tenazas, punzones, etc.»— un colosal negocio transatlántico se había puesto en marcha. Pero en seguida fueron los propios clientes de Prosser los que hacían la propaganda. Así, el ferrocarril Canadian Pacific comunicaba a sus pasajeros que «en toda la red del sistema C. P. R. se emplean exclusivamente llantas de acero colado de Krupp, para su seguridad». También los ferrocarriles de New Haven, el Central Railroad, de Georgia, el Chicago Burlington y Quincy, el de Erie, Louisville y Nashville, el Michigan Central, el Chicago y Northwestern, Boston y Maine, y Filadelfia y Reading, estaban equipando sus coches con las ruedas de acero sin soldaduras de Krupp. Casi todos los demás ferrocarriles americanos empleaban raíles de Krupp: el New York Central, Illinois Central, Delaware y Hudson, Maine Central, Lake Shore y Michigan Southern, Bangor y Aroostock, Great Northern, Boston y Albany, Florida y East Coast, Texas y Southern Pacific. Pocos años después de la visita del kaiser, un joven magnate de los ferrocarriles americanos, llamado E. H. Harriman, hizo un pedido por 25.000 toneladas de raíles de 80 libras para el Southern Pacific, es decir, el suministro de un año. En 1874, cuando Alfred estaba en plena pesadilla con los banqueros prusianos, Essen había enviado ya 175.000 toneladas de raíles desde Hamburgo a los puertos de la costa oriental de Estados Unidos. Los libros de Prosser en Nueva Jersey demuestran que casi todos los días se despachaban telegramas al Ruhr con pedidos de raíles y llantas. El volumen de este negocio ascendía a varios millares de dólares anuales: el acero de Krupp estaba jalonando a toda una nación (23).

Schneider y Armstrong también participaban en el asunto, aunque muy de lejos, y los ingleses, por ejemplo, recibieron en un año pedidos por valor de medio millón de dólares, de las empresas ferroviarias norteamericanas. En aquel tiempo, este tráfico de acero pacífico pareció una

(*) Aún sigue la mansión llena de cuadros. Entre otros, figuran los de Guillermo I, Federico III y Guillermo II, todos ellos en uniforme de gala; cuelgan de las paredes del salón principal, con sus enjoyadas Kaiserinnen al lado. Sólo Hitler, que ocupó el lugar de honor desde 1933 a 1945, ha sido retirado.

bendición; pero en realidad, su significado era siniestro. La industria siderúrgica americana era todavía un gigante en desarrollo. Cuando se acercó a su estatura completa, en el decenio de 1880 —el ritmo de crecimiento era asombroso—, llegaría a empequeñecer a las fundiciones de Europa, y el mercado de Estados Unidos se cerraría para los industriales europeos del acero. Para mantener los talleres, había que dedicarse a la fabricación de armas. Como era un proceso competitivo y respaldado por los Gobiernos respectivos, la consecuencia tenía que ser una mortífera carrera de armas. A decir verdad, esta carrera fue alentada por otros factores, la intransigencia nacionalista, un inestable equilibrio de poder, el carácter aventurero del primer nieto del kaiser, la situación en los Balcanes y el ansia francesa de venganza. Y sin embargo, todos estos afanes se hubieran aplacado, de no haber sido por el Ruhr, las Midlands y Le Creusot, que proporcionaron las herramientas para concluir el trabajo (24).

Los Mercaderes de la Muerte no podían leer el futuro. No tenían idea de que estaban cavando las tumbas para la flor de la juventud europea. En el mensaje a sus Kruppianer, Alfred escribió:

> «*Wir gehen mit Frieden einer günstigen Zeit entgegen und ich war von grosser Hoffnung für die Zukunft erfüllt. Was nützen aber alie Aufträge, wenn Arbeit und Transport durch Krieg gehemmt werden!... Den Gram möchte ich nicht erleben.*»

> «Con la paz hemos progresado hacia una época de prosperidad, y me siento lleno de inmensas esperanzas hacia el futuro. Pero de poco valdrían todos nuestros contratos si el trabajo y el transporte se vieran ahogados por la guerra. Incluso nuestra factoría pudiera resultar destruida. En cualquier caso, sería necesario estar preparados para los despidos, incluso para una detención total del trabajo. Y entonces, en lugar de ganancias, vendría la ruina total, y las casas de empeños, y la del prestamista, ya que mis propios bienes y fondos se agotarían rápidamente. Pido que nunca llegue a vivir para ver semejante tragedia» (25).

Aquí pudo haber creado Alfred una endeble justificación para todas las carreras de armas, al establecer que no había paz sin espadas afiladas, si bien los historiadores han reconocido que la frase fue de Bismarck. En un famoso discurso pronunciado el 6 de febrero de 1888, siete meses después de la muerte de Krupp, el Canciller de Hierro fue informado de que el Reichstag incrementaba su armamento alemán como la mejor garantía para mantener la paz: «Eso suena a paradoja, pero es cierto —dijo—. Con la poderosa máquina que estamos haciendo del ejército alemán, no intentarán ninguna agresión.» Por esa época, el parlamento parecía tan persuasivo que los delegados lo apoyaron unánimemente (26). Así, pues, mientras rogaban contra la guerra, Alfred avivaba los fuegos para favorecerla. La ocasión para esta proclama fue una elección general en la que exhortaba a sus hombres a votar por «los miembros patrióticos del Reichstag, de modo que las previsiones militares, las únicas que pueden asegurar la paz, se conviertan en ley. Sólo entonces, el Reich estará protegido» (27). Alfred creía realmente en lo que decía. Estaba seguro de que la única forma de evitar una guerra general europea era construir un irresistible ejército teutón. Y aunque parecía no darse cuenta de lo mucho que los dólares norteamericanos le estaban salvando de las necedades que hiciera durante el pánico de 1873, no hay duda de que sabía apreciar el valor de sus productos de paz. Por indicación suya,

como marca comercial de la firma se adoptaron los tres círculos entrelazados. En el presente siglo muchos han creído que representaban las bocas de tres cañones, pero el 7 de junio de 1875, cuando Longsdon la registró por vez primera en el *Trade Marks Magazine* inglés, nadie se mostró confundido. Aunque el cañón de Krupp había dominado en las exhibiciones de las grandes ferias internacionales de aquellos años, como las de Sydney, Melbourne, Amsterdam, Berlín y Düsseldorf, la firma seguía siendo celebrada por sus productos ferroviarios.

En el Ruhr, la década siguiente al año de la coronación del kaiser Guillermo I, fue dedicada principalmente a la experimentación tecnológica, a la administración, la política, y ante la angustia de Alfred, a la financiación de la nueva industria pesada. El gran auge técnico llegó en 1875, con la invención por Thomas Gilchrist de lo que ahora se conoce como el proceso básico de la fabricación del acero. Patentado dos años más tarde, eliminó el «fatal enemigo» propio del proceso Bessemer, el fósforo, mediante el recubrimiento de los convertidores con piedra caliza y dolomita. Estos materiales absorbían el fósforo del hierro en bruto. Al principio, Krupp se sintió alarmado. Acababa de invertir una fortuna en España para adquirir mineral de hierro libre de fósforo, y ahora este mineral disminuiría de valor debido al nuevo procedimiento. Pero ello le proporcionó algo más valioso. Alsacia y Lorena tenían minas ricas en hierro fosfórico, que ahora, gracias a Bismarck, pertenecían a Alemania. Según las palabras de uno de los biógrafos de Thomas, «Alsacia y Lorena se convirtieron en algo por lo que valía la pena luchar» (28).

Las dificultades financieras de Krupp se resolvieron en 1879 con el nombramiento de un orondo personaje, robusto y con bigotes de morsa, llamado Hanns Jencke, para el cargo de presidente del Prokura. Alfred simpatizaba con él porque era un buen jinete. Pero también tenía otra cualidad muy importante: procedía de la familia del Kaiser, y había sido un funcionario clave en el Tesoro del Reich. Durante los veintitrés años siguientes, Jencke dirigió las actividades internacionales de la firma, sirviendo como funcionario ejecutivo del Konzernherr, y consultándole sólo en los vitales asuntos de política. Su llegada a los talleres señaló el comienzo de una serie de intercambios de personal, que con regularidad se llevaron a cabo entre el Gobierno y *die Firma*. Desde aquel momento, las proposiciones de Krupp tenían mucha más probabilidad de recibir la debida atención por parte de Berlín. Al mismo tiempo, Alfred, el industrial más poderoso del Imperio, respaldó a Bismarck con todas sus fuerzas. Habría hecho lo mismo de cualquier modo, aún sin convicción, pero una junta *Kaisertreu* implicaba un apoyo entusiástico de su personal (29).

Le gustara o no, el Rey de los Cañones se hallaba hondamente implicado en la política doméstica. Todos los movimientos que hacía eran observados y juzgados por su impacto en el electorado, y un proyecto tan simple como la construcción de los alojamientos para los trabajadores, adquirió matices políticos. Como la Gusstahlfabrik había experimentado una expansión, también se necesitaba mayor poderío humano. Los primeros inmigrantes fueron granjeros de las colinas de ambas márgenes del Rin. A ellos siguieron los sajones, silesios, prusianos del Este, polacos y austríacos. El Ruhr se convirtió en un crisol étnico. Essen, Dortmund y Düsseldorf habían sido aldeas rurales en la juventud de Alfred, y ahora eran gigantes urbanos que se extendían por los campos circundantes, absorbiendo los poblados vecinos. Cuando Krupp contrató a 7.000 inmigrantes, a comienzos de la década de 1870, la población de la ciudad aumentó en veinticinco mil personas. Se llegó a la congestión, pues el número de pobladores de Essen, que era de 7.200 en 1850, alcanzó

los 50.000. La mayoría de los Kruppianer vivían en chozas, y como secuela inevitable se presentaron las enfermedades. Alfred, hipersensitivo a los gérmenes, ordenó al Prokura que limpiase la zona «donde se hallan los apestados del cólera». Autorizó «la construcción de residencias familiares en nuestros propios lugares», y cuando se estaban dando los últimos toques a Villa Hügel, inauguró unas viviendas para 6.000 obreros, en las que había toda clase de servicios: tiendas, iglesias, campos de juego y escuelas (30).

En apariencia, nada podía ser menos digno de controversias que la construcción de escuelas. El Reich del decenio de 1870, sin embargo, estaba dominado por la *Kulturkampf* de Bismarck. Para el canciller, la Iglesia Católica significaba separatismo, y le había declarado la guerra rompiendo las relaciones con el Vaticano, haciendo obligatorio el matrimonio civil, y suprimiendo la educación parroquial. En Torquay, Krupp había proyectado construir escuelas aparte para los hijos de los trabajadores católicos. Pero en menos de dos años cambió por completo de modo de pensar. «Si nos decidimos a separar a la gente —escribió el 22 de junio de 1873—, la consecuencia sería que existirían distritos católicos y protestantes en nuestros establecimientos, barrios enemigos unos frente a otros, pendencias y luchas entre los escolares, despotismo de los sacerdotes en los barrios católicos y, al fin, la necesidad de eliminar por completo un credo y dejar que sólo exista el otro. Todos deben vivir juntos, mezclados.» De todos modos, se hizo un fiel adepto de la educación laica. Según él, «los sacerdotes sólo querían aumentar su poder». Para anular este «plan de ambición clerical, así como sus procedimientos», insistió en facilitar clases «en las que los niños de todos los credos se acostumbrasen unos a otros en edad temprana, se conocieran entre sí, y jugasen (y pelearan) todos juntos». El propio Bismarck no podría haber explicado el asunto con mayor perspicacia (31).

El Segundo Reich no era una dictadura. Con el fin de retener la lealtad de los nuevos súbditos del kaiser, el canciller había conferido el poder legislativo a dos cámaras, el Bundesrat, que representaba a los Estados miembros, y el Reichstag, que era elegido por los varones germanos de más de veinticinco años. De los años anteriores a la guerra, el imperio había heredado tres partidos: los conservadores, los progresistas y los liberales nacionales. Ahora el activo partido católico constituía una cuarta facción, y los aún más animosos sociales demócratas integraban el quinto partido. Fue este último el que iba a amargar los últimos años de *der Grosse Krupp,* como ya se conocía a Alfred. El fundador del Sozialdemokratische Partei Deutschlands (SPD) había sido Ferdinand Lassalle, un talentoso aunque excéntrico discípulo de Marx que comenzó a organizar a los trabajadores alemanes en Leipzig, durante el año 1863. Al año siguiente fue muerto en un duelo. El Gran Krupp le consideraba con desprecio. El hecho de que los talleres de armas de Schneider se hubiesen visto muy perjudicados en 1870 por una huelga cuyo dirigente había sido Adolphe-Alphonse Assi, un no menos estrambótico miembro del marxismo internacional que era aficionado a los finos bordados (acabó desastrosamente en 1871, cuando era presidente de la Comuna de París), divertía a Alfred hasta lo indecible.

Entonces, el SPD llamó a la huelga a todos los mineros del nuevo Reich. Se incluyó en el movimiento a la mina Graf Beust, de Krupp. De pronto, los socialdemócratas dejaron de ser divertidos para Alfred, quien dio órdenes por escrito de que «ni ahora ni en épocas futuras» los que hubiesen intervenido en huelgas, fueran «aceptados en nuestros talleres, por muy carentes de mano de obra que estemos». Alfred deseaba dar a entender claramente que se refería a «huelgas en todos los aspectos

(Streike in allen Sphären)... Cada vez que una huelga parezca inminente en cualquier camarilla, debo presentarme allí al momento, y debo tratar de arreglar el asunto. Procuraré actuar con toda dureza, ya que no hay, a mi modo de ver, otra solución posible... Lo que no se dobla, se rompe. *(Was nicht biegt mag brechen)*» (32).

Al reflexionar, claramente llegó a la conclusión de que «Lassalle, con su filosofía, ha sembrado una semilla maldita». Para evitarlo, redactó uno de los documentos más significativos en los cuatro siglos de la dinastía Krupp. Alfred llamó a esto la *Generalregulativ* del 9 de setiembre de 1872. Escritas doce semanas después de la huelga de mineros, las reglas generales comprendían setenta y dos artículos, las firmaba Alfred como único propietario, y fueron distribuidas a todos los trabajadores. Durante cerca de un siglo, la *Generalregulativ* iba a ser la constitución fundamental del Konzern. No resulta exagerado calificarla como los cimientos de toda la industria alemana. Todo lo que iba a surgir en las décadas siguientes —el rígido sistema de cadena de mandos, la integración vertical y horizontal, el establecimiento de monopolios—, estaba claramente explicado en este notable documento gótico. En aquella época, sin embargo, el único propietario estaba preocupado con los sindicatos de trabajadores. Los derechos y responsabilidades de cada Kruppianer fueron claramente establecidos, haciendo hincapié en las obligaciones del trabajador hacia la firma:

> «*Untreue und Verrat muss mit aller gesetzlichen Strenge verfolgt Werden... denn wie aus dem Samen die Frucht hervorgeht und je nach seiner Art Nahrung oder Gift, so entspringt dem Geist die Tat Gutes oder Böses.*»

> «La plena fuerza de la autoridad debe ser empleada para reprimir la deslealtad y la conspiración. A aquellos que cometen acciones despreciables no se les debe permitir que se sientan seguros, y no deben escapar al repudio general. La bondad, igual que la maldad, deberá ser examinada a través de un microscopio, ya que en ello se hallará la verdad. Así como la semilla de sus frutos en relación directa con los elementos nutritivos o tóxicos que se le suministren, así un acto benigno o maligno puede surgir del espíritu.»

Los talleres eran confiados a la «plena e indivisa energía» de un hombre, y de los trabajadores se esperaba que pusieran de manifiesto puntualidad, lealtad, amor al buen orden, y libertad de «todas las influencias y prejuicios». A fin de que nadie pudiera interpretar erróneamente esto último, había otra condición, determinando que «negarse a trabajar» o bien «incitar a otros a hacerlo», significaba que un empleado «no podría volver a ser miembro de la empresa». En realidad, «a nadie que hubiese tomado parte en disturbios de tipo semejante, le sería dado empleo en la firma». En resumen, se había hecho oficial la lista negra (33).

Lo que más puede extrañar al individuo no alemán, es que las Reglas Generales de Alfred fueron consideradas como liberales —y así se las considera aún en Essen—. Por vez primera, una firma alemana establecía los derechos de sus trabajadores. Los Kruppianer podían contar con «un servicio de sanidad, un fondo de auxilio..., un proyecto de jubilación, así como con hospitales y también asilos para los ancianos», y aunque esto no entraría en vigor hasta 1877, antes se organizaría una «Institución de Seguro de Vida» en la firma Krupp.

Nada remotamente parecido a esto puede hallarse en los archivos de otros titanes que estaban surgiendo con la revolución industrial. Lo que

Alfred estaba logrando era la transformación de Essen en la mayor y más estable ciudad-empresa de la historia. Sus colonias de hogares de bajo precio, cada una de ellas bautizada con el nombre de un antepasado de Krupp, se hallaban ya habitadas. Ordenó establecer un horno de pan, una tienda de vinos, una carnicería, un hotel y también un fondo benéfico para las familias que quedasen sin recursos durante las periódicas inundaciones del Ruhr. Las cocinas rápidas y los proyectos de obras públicas, ambos hechos notables, como los que aparecerían sesenta años después, durante la gran depresión, prestaron servicio asimismo a los trabajadores sin empleo. Antes de que el SPD estableciese cooperativas rentables, el Konsum Anstalt, de Krupp —una cadena de tiendas al por menor que servían a los empleados y sus familias—, funcionaba normalmente. Claro está que el obrero al que se expulsaba de su trabajo perdía todos los derechos, incluyendo la jubilación. Sin embargo, fuera de Essen el retiro no existía; Alfred pudo ser una especie de genio loco, pero resulta evidente que era realmente un genio (34).

Semejante paternalismo, según establece J. G. Pounds en su estudio acerca del Ruhr «era contrario al desarrollo social y político de la época». Krupp sabía bien lo que hacía. A pesar de su repetida insistencia de que un negocio debía ser «*unpolitisch*», el *Generalregulativ* era un documento político. Alfred envió al kaiser una copia, y otra sigue aún en los archivos familiares de los Krupp. En la portada del documento, con la fuerte y dentada caligrafía de Alfred, aparece la inscripción: *Originalmente establecido para la protección y el desarrollo de las fábricas. Además, es útil para prevenir los errores socialistas.* Entre los que vieron la moraleja estaba el canciller de Guillermo. El paralelo existente entre el texto de Alfred y la legislación benéfica y social de Bismarck, de 1883, 1884 y 1889, es innegable. En 1911, el Código de Seguros de los Trabajadores del Reich extendió a todos los trabajadores los derechos que *der Grosse Krupp* había proporcionado a sus hombres cerca de cuarenta años antes, y al año siguiente, el kaiser Guillermo II declaró en Essen que el Canciller de Hierro había sido influido por Krupp. Hasta en el Tercer Reich se apreciaron ecos de las Reglas Generales. Hitler escribió en *Mein Kampf* que su propio programa había comenzado con un estudio de las reformas sociales de Bismarck, y el lema de Robert Ley, jefe del Frente de Trabajadores del Führer —«*Die Volksgemeinschaft muss exerziert werden*» («El espíritu de la comunidad debe ejercitarse»)— fue tomado casi al pie de la letra del cuarto artículo del documento de Alfred Krupp (35).

Se ha juzgado históricamente que entre la guerra franco-prusiana y la primera mundial, los trabajadores alemanes cambiaron libertad por seguridad, con terribles consecuencias para ellos, la Patria y todo el mundo. Según el nivel norteamericano, el movimiento laboral del Reich nunca pasó de una etapa rudimentaria. Fue Bakunin, el anarquista ruso exiliado, quien observó que la pasión germana por la autoridad les hacía evitar la libertad: «Quieren ser a la vez amos y esclavos.» Y sin embargo, el avance hacia las mejoras sociales no se hizo dócilmente. El SPD siguió siendo una fuerza vital y avasalladora. El Ruhr, con su tremenda atracción sobre gentes de todos los extremos del imperio, y aun de más allá, era especialmente vulnerable a los agitadores, quienes decían a los obreros que el feudalismo industrial no era la respuesta a sus anhelos. Alfred, inquieto a pesar de las medidas preventivas que había tomado, dijo al Prokura que favorecía «una constante y serena observación del espíritu de nuestros trabajadores, de modo que no nos pase inadvertida cualquier subversión en parte alguna; y yo exijo que si el más capacitado de los obreros o capataces, da sólo muestras de presentar alguna objeción, o perteneciese a algún sindicato, se le expulse en cuanto sea posible, sin

consideración alguna». El primer informe acerca de la existencia de obreros rebeldes en *die Firma* asombró a Alfred. Los seguidores de Lassalle no sólo se hallaban en Essen, sino que la Gusstahlfabrik se había convertido en «*ein Brutstätte der Socialdemokratie*», un semillero de socialdemócratas. En consecuencia, el espectro del Movimiento Rojo creció aún más en la recelosa mente de Alfred, y su primera e impulsiva reacción iba a ser también recordada y citada por los nazis.

> «*Ich wollte, das jemand mit grosser Begabung eine Gegenrevolte zum Besten des Volkes anregte, mit fliegendren Arbeiterbatallionen von jungen Leuten!*»
>
> «Deseo que alguien con grandes dotes inicie una contrarrevolución para las mejores gentes..., ¡con columnas volantes y batallones laborales de jóvenes!» (36).

En el último cuarto del siglo XIX, el profesor Pounds descubrió que el Ruhr se estaba convirtiendo en «un arma política, un símbolo y una fuente de poderío militar, y potencialmente es un instrumento de una especie de chantaje político. Los industriales sabían de su propia importancia, y hasta cierto punto, pusieron el precio» (37). En el caso de Alfred, el precio fue alto, y fue pagado totalmente. El exacto alcance de su contribución a la siguiente campaña contra el SPD sólo se presta a conjeturas. El mismo no tenía posibilidad de medir este alcance. Hizo conocer algunos de sus puntos de vista a Berlín, y a ello siguió la acción. Como Guillermo y su canciller compartían sus creencias, debía hacerse algo de todas formas. Pero era indudable que la vehemencia de la represión debió mucho a *der Grosse Krupp*. Los hombres de gorra tosca, a diferencia de los de cascos puntiagudos, no tenían por qué hablar de afecto por parte del emperador. Alfred sabía mucho más de ellos que Guillermo. El era el industrial más influyente del imperio, el más allegado al soberano, el más hostil de los socialdemócratas. En tales circunstancias, no tenía por qué atar su lengua.

Alfred escribió al kaiser explicando que a menos que se tomaran las medidas más enérgicas, «una firma tras otra tendrán que cerrar. Las siderurgias no se diferenciarán de los castillos en ruinas. Mi propio establecimiento, no vacilo en declararlo, correrá la misma suerte. Quizá a mi sucesor no le quede más remedio que emigrar a América» *(nach Amerika zuwandern)*. Debían tomarse las medidas adecuadas para «minar» el «peligro social en el horizonte». Había favorecido a los Kruppianer con los beneficios de su propio bolsillo, sabiendo que no tenía posibilidades de recuperar ese dinero, pero con ello trataba de «ser dueño de mi casa y de seguir siéndolo» *(in meinem Hause)*. El Segundo Reich no debía «criar una serpiente en su regazo»; los que «habían perturbado la paz» deberían ser tratados «con el mayor rigor». Bismarck era el que más agradecimiento merecía de todos los alemanes. «Le debemos más que a cualquier benefactor de sangre alemana, desde Lutero.» Alfred rogaba por que «el gran príncipe pueda vencer a sus malignos oponentes». Desde Essen, la tarea del dirigente prusiano resultaba bien clara (37).

Como misántropo que era, Krupp no tenía fe en el electorado y quería que se aboliera el sufragio universal; «el privilegio *(Stimmrecht)* debe ser retirado de las gentes que carezcan de propiedades», escribía. El precio era demasiado alto. Por mucho que el empecinado canciller hubiera querido detener las agujas del reloj, sabía que eso era imposible, y las elecciones para el Reichstag fueron programadas para diecinueve meses

después, el día 30 de junio de 1877. Por su parte, Alfred comenzó a aleccionar a sus hombres; mandó fijar un aviso en todos los talleres advirtiendo que un voto por el SPD era un voto por «*die Faulen, Liederlichen, und Unfähigen*» (los vagos, disolutos e incompetentes). Prosiguió aconsejándoles que «disfrutasen de lo que tenían. Cuando termine vuestro trabajo, permaneced en el círculo familiar, con vuestras esposas, hijos y ancianos, y pensad en los problemas domésticos y de educación. Haced que sea esa vuestra política. Así seréis felices. Pero no os dediquéis a pensar en las grandes cuestiones de política nacional. Esos asuntos requieren más tiempo y conocimientos de lo que un trabajador tiene a su disposición». (*Höhore Politik treiben erfordert mehr freie Zeit und Einblick in die Verhältnisse, als dem Arbeiter verlieben ist)* (38).

Casi medio millón de votantes alemanes disintieron de esta forma de pensar; en las elecciones generales, el SPD logró una docena de escaños en el Reichstag, integrado por 397 miembros. Para el parecer político del siglo XX, esta victoria resulta mezquina. Sólo detentaban el 3 por ciento de los escaños, en uno de los dos cuerpos parlamentarios del imperio. Como presidente del Bundesrat, Bismarck inició la legislación y nombró a los funcionarios administrativos. Escasamente podía considerarse como que estaba amenazado su dominio. Por otra parte, a juzgar por las tendencias socialistas que estaban surgiendo en otros países europeos, las demandas de los socialdemócratas del Reich eran ridículamente moderadas. Pedían que se invistiera de más poder al Reichstag, que se estableciese la enseñanza pública gratuita, las libertades civiles, el libre comercio, los impuestos a las herencias y las ganancias, la eliminación de la influencia militar en la corte del emperador y una mayor colaboración con otras naciones en beneficio de la paz.

En Alemania, de todos modos, todo esto era una herejía. La mañana siguiente a la fecha en que se supieron los resultados de las votaciones, Krupp, que había considerado la campaña pacifista como especialmente odiosa (afirmó que el no estar indefensos no era ninguna desgracia), despidió sumariamente a treinta obreros sospechosos de «extender doctrinas socialistas», mientras que en Berlín, dudando entre el «negro» espantajo de catolicismo y el «rojo» demonio del socialismo, Bismarck optó por *schwarz*. Fue a visitar al Papa León XIII y se acordó una tregua. De vuelta a Alemania, Bismarck tomó la medida más reaccionaria que se recordaba desde los tiempos de Metternich, su célebre «ley de trato con el socialismo» *(Sozialistengesetz)*. Debido a las amenazas contra la vida del kaiser, el canciller persuadió al Reichstag para que declarase fuera de la ley a las sociedades, mítines y periódicos del SPD. Como la mayoría se negaba a establecer contactos con los diputados del nuevo SPD, ello hizo que disminuyeran las colectas de fondos que «por intermedio de los designios socialdemócratas, socialistas y comunistas, tienden a derribar el orden del Estado en la sociedad existente». Cualquiera que hiciese circular escritos del SPD, o que sólo hablase favorablemente del partido, sería multado y encarcelado. Los sindicatos quedarían supervisados por la policía estatal, que estaría autorizada a expulsar del Reich a «cualquier persona acusada de ser socialista», en tanto que la inquietud industrial sería contenida por medio de la ley marcial. Eran las leyes más duras que se habían aplicado en Alemania desde que los decretos de Carlsbad de 1819 aplastaron el liberalismo en la Confederación Germánica. También dio la sensación de que eran medidas efectivas. Los dirigentes del SPD huyeron a Suiza. En Essen, según se advierte por los archivos de Krupp, Alfred se sintió «enormemente contento» (39).

El hecho escueto es que las convicciones de Alfred se transformaron en las de un verdadero tirano. Ya cuando tenía poco más de veinte años,

Krupp había tratado a los Kruppianer como si fueran de su propiedad. Conforme se fue haciendo viejo, esta característica se fue acentuándose. En Villa Hügel y la Gusstahlfabrik imperaba el despotismo. Alfred estaba próximo a cumplir los setenta años, y con la llegada de la senectud, la veta irracional de su personalidad se hizo aún mayor. Durante largos períodos se retiraba del contacto con las personas, comunicándose con los que le rodeaban sólo mediante el lápiz. Un día se enteró de que cierto capataz se había negado a entregar crisoles en tiempo de lluvia, alegando que la calidad del acero quedaría afectada. Por la mañana, el referido capataz encontró una nota en su puesto en la que decía: «Lo más delicado de este mundo, el recién nacido, es llevado a la iglesia con cualquier tiempo. No creo que haya un ejemplo más concluyente.» La nota no tenía firma alguna, pero no era necesario; todos conocían la escritura de Alfred. Su comportamiento hacia los invitados de la colina era a veces casi salvaje. El castillo atraía a algunos de los más poderosos y mundanos personajes de Europa, así como a sus mujeres. Estaban allí como clientes en potencia. La prudencia, por no decir cortesía, debieron impulsar a su anfitrión a recibirlos cortésmente. Cuando estaba de mal humor, era capaz de tratarlos como a Körte, el amigo de su hijo. Si se enteraba del menor coqueteo entre una pareja de solteros, no esperaba a que los pecadores se marchasen. Entre los papeles que le sobrevivieron, hay varias tiras de papel garabateadas con su inconfundible caligrafía, donde se lee: «Un carruaje le está esperando a la puerta para llevarle a la estación. Alfred Krupp.» (40).

Pero eran sus empleados quienes sentían más duramente el poder de su autoridad. En una de las cartas que desde el extranjero dirigía a sus «queridos talleres», proponía que todos los Kruppianer vistieran uniforme, con distintivos por los años de servicio, galones para los capataces y charreteras para los administradores. Incluía en la carta algunos diseños. Los cinco miembros del Prokura, al examinar los dibujos, pensaron que los trabajadores parecerían porteros del Essener Hof, el nuevo hotel de Alfred para albergar a los comerciantes que le visitaban. Jencke sugirió, con mucho tacto, que el ambiente lleno de hollín de la fábrica hacía imposibles los entorchados, y Alfred (que sin duda se habría vestido como *Feldmarschall*) retiró su plan. De todos modos, nunca dejó de imponer el atuendo a sus allegados. Las notas colocadas en la puerta de los dormitorios de sus invitados, especificaban el traje para cada ocasión. Sus preferencias estaban siempre pasadas de moda. Al advertir que las doncellas del Hügel usaban medias negras —lo más lógico, pues el humo de la fábrica llegaba hasta la colina—, les echó una reprimenda. Las medias blancas habían sido lo acostumbrado entre el servicio doméstico desde que era joven, y de ese color tenían que ser las que ellas usaran. Al escribir a su hijo, hizo notar que «el lujo ha aumentado en todas las clases y especialmente en las inferiores». El resultado de semejante situación era que «las mujeres de la clase obrera (*Gesellenklasse*) usan calzado de cordones, actualmente, y cualquier jovencito ridículo lleva botas Wellington (*). Las masas ya no están contentas si no lo gastan todo. Las mujeres compran cuanto realza su aspecto exterior, y una lechera quiere parecer una gran dama... ¡Qué gente más sencilla había hace cuarenta o cincuenta años, en cambio! Eran felices, y en conjunto salían ganando. En aquellos días se usaban zuecos de madera, que no dejaban pasar el agua. Yo mismo los utilizaba en el trabajo. Y un par de esos zuecos valían sólo cinco *groschen* de plata. Los utilizaba en el húmedo sector del martillo pilón, y en la tierra fría, y los calentábamos de vez

(*) Botas altas, cuya parte delantera y superior subía por encima de la rodilla. (N. del T.)

en cuando agitando en su interior algunas brasas.» Informaba al Prokura que desde que «los hijos de padres prudentes usan zuecos», no se necesitaban colocar suelos en las escuelas de Krupp. En realidad, no le parecía mala idea que los mismos directores introdujesen ese tipo de calzado en la Gusstahlfabrik. No se ha conservado la respuesta que dio Jencke a tal sugerencia (41).

Alfred estaba obsesionado con la puntualidad y la eficiencia en el trabajo de los talleres. Imponía multas por todo lo imaginable: por retrasos en la hora de entrada, por insolencia, por contraer deudas en la cooperativa y por delitos que en otra comunidad habrían sido castigados por las autoridades de la ciudad. En Essen había más policías de Krupp que de la población. Los trabajadores que deseaban dejar su puesto por unos minutos, incluso por necesidades fisiológicas, tenían que obtener un permiso escrito de su capataz. Pero a pesar de todo, Krupp seguía insatisfecho. Toda su vida había anhelado el «orden», y en su opinión, jamás pudo conseguirlo. En el decenio de 1850 estableció que «el dar vueltas por los talleres debe cesar por completo. El que quiera beber debe decírselo a su capataz, quien mandará a buscar el agua necesaria para todos. Quien no se sienta contento con las reglas, puede marcharse». Diez años antes se había lamentado en los siguientes términos: «Una vez más, quiero llamar la atención sobre la pereza y la pérdida de tiempo que se observan a diario.» En vísperas de la guerra con Francia, escribió furioso: «Cuando uno avanza por los talleres, encuentra remolones y holgazanes por todas partes.» En lo peor de la crisis financiera, de nuevo halló tiempo para inspeccionar las fábricas. «Trato de que al fin se establezca el orden —escribió—, y no es cuestión de tener paciencia y más paciencia; durante años la he tenido en vano; ahora ya no puedo ser paciente por más tiempo de otra quincena.» Sin embargo, tuvo que ser paciente, y dos años más tarde decía lleno de cólera: «El trabajador experimenta un verdadero placer consumiendo un exceso de gas y de petróleo, ya que no lo paga de su bolsillo. No le duele una pérdida de esa clase.» (42).

Los juramentos de lealtad eran una práctica establecida para todo empleado, aunque Alfred tenía poca fe en ello. Siguió manteniendo ciertos «departamentos cerrados» —los obreros se hallaban prácticamente recluidos cuando trabajaban—, pero también aquí se dio cuenta de que cualquier soldador u otro obrero podía llevarse con él los secretos técnicos más preciados. En una ocasión, uno de los capataces de los nuevos convertidores Gilchrist Thomas, abandonó su empleo y aceptó un puesto en Dortmund. Krupp le persiguió hasta allí y trató de hallar con la policía de la ciudad para que detuviesen al empleado. En una carta que envió a los talleres, decía iracundo:

> *«Alle anderen Rücksichten sind Nebensache, ob der L... jemals ein tüchtiger Arbeiter wieder bei uns werden wird und welche Kosten und Mühe wir von de Verfolgung haben werden...»*
>
> «Todas las demás consideraciones, si L... seguirá realizando un buen trabajo para nosotros, y los gastos y complicaciones que represente para nosotros el llevarle a juicio, serán de importancia secundaria. Debemos tener la certidumbre de que nuestros contratos y nuestra disciplina son respetados. El infractor no debe gozar de un segundo de paz. Su posición es insostenible. Debemos atacarle con procesos por daños y perjuicios, y con el estigma público, hasta el extremo que permita la ley» (43).

El hecho de que ni siquiera un tribunal alemán se sintiese ofendido por el espectáculo de un trabajador cambiando de empleo, y que ninguna acusación pública pudiera endosársela, jamás se le había ocurrido a Alfred. Para él, la injusticia era tremenda. La «paga diaria», como desdeñosamente la llamaba, era igualmente equivocada, y hubiese vuelto a introducir el sistema de retribución por piezas fabricadas, de no haber sido advertido de que sus mejores obreros se le marcharían. Le gustaba el trabajo a destajo porque le parecía mucho más eficaz. En su pasión por la eficiencia dedicó muchas horas a pensar la forma en que podría utilizar los desechos de las fábricas. Le parecía criminal dejar que tanta ceniza, escorias y residuos fueran descartados sin más preocupación. Sospechando que algún emprendedor comerciante podía estar sacando provecho de tales desechos, despachó un equipo de vigilantes para que siguieran en secreto a los vagones. Pero ante su gran decepción le informaron que los residuos eran arrojados al río corriente arriba del *Hügel*. Como proporcionaba a sus empleados los hogares, escuelas, hospitales y alimentos que necesitaban, razonó que las horas que les quedaban fuera del trabajo le pertenecían. Es un hecho asombroso el que la mayor parte de ellos accedieran, o al menos que no dieron señales de querer amotinarse (*). No hay evidencia de que hubiese provocado indignación o burla con lo que era, indudablemente, la orden más extraordinaria a «los hombres de mis talleres». Había estado pensando en ello, manifestó, y llegó a la conclusión de que el lugar de trabajo de un obrero consciente comprendía también el lecho matrimonial. De igual modo que el único propietario estaba adquiriendo el suficiente material para que durase en la casa de los Krupp y a *die Firma* durante los siguientes noventa y nueve años, así todo Kruppianer sensato debía esforzarse para «*dem Staate recht viele treue Untertanen liefern und der Fabrik Arbeiter eigener Race*» (**) (Proporcionar al Estado numerosos súbditos leales y desarrollar una raza especial de hombres para los talleres) (44).

Procrear por la noche y trabajar por el día; esa debía ser la política de los obreros. Pero no todos ellos estaban contentos con limitar sus actividades a las fundiciones y al colchón. La *rote Gefahr* (amenaza roja), como él la llamaba, seguía atemorizándole. Desde Zurich, los exiliados del SPD estaban montando una diestra campaña, y Essen seguía siendo vulnerable. En vano Alfred inundó los talleres de panfletos. Superando el temor que tenía de que le traicionasen los ex Kruppianer, escribía: «Espero y exijo plena confianza; me niego a escuchar peticiones injustas, y seguiré poniendo remedio a las dificultades legítimas, pero invito a que todas las personas que no estén satisfechas con estas condiciones, lo hagan saber, en vez de esperar a que les echemos, para que de esa forma abandonen mis talleres de un modo legal, dejando lugar para otros.» (*Und so in gesetzlicher Weise das Etablissement zu verlassen, um anderen Platz zu machen.*) (45).

Hasta el periódico local provocó su ira: «El *Essener Blätter,* entre otros, está procurando, con toda clase de invenciones, provocar recelos acerca del carácter de la administración de mis talleres... A éstas y a se-

(*) Un antiguo Kruppianer católico, cuya familia había trabajado para los Krupp desde el año de la batalla de Waterloo, dijo una vez al autor de este libro que las fotografías de la familia Krupp seguían colgadas en la sala de su abuelo. Le preguntaron: «¿Dónde?», y él repuso: «Encima de los santos».

(**) La palabra «Race» aún no había recibido la forma «Rasse», más teutónica.

mejantes mentiras descaradas de los maliciosos enemigos, contesto con la siguiente reconvención solemne: Nada, ni las consecuencias que sigan me inducirá a acceder a algo que me sea exigido» (46).

Los trabajadores no podían ver la relación que había entre un deficiente servicio en las fábricas y la abolición de tarifas, la introducción de impuestos a las ganancias y la libertad de palabra. En vano, Alfred trataba de pintarles un cuadro sangriento de París durante la primavera de 1871. Los socialdemócratas, declaró, «quieren establecer aquí la Comuna francesa *(wollen die französische Commune aufgeführt haben)*. De todos modos, una vez que lograsen derribar las instituciones existentes, esos discípulos comenzarán a pelear entre sí. En realidad, tal es el oculto designio de todos ellos. En este momento están luchando por una causa común, pero ese es sólo un propósito secundario. Cuanto mayor celo ponen para que triunfe su nueva legislación, menos intenciones tienen de obedecerla. Lo que tratan es de explotar a las masas desorientadas, como a soldados en una batalla, para luego sacrificarlos en su beneficio» (47).

Estas frases no llegaron a impresionar a nadie. A las tercas masas les gustaba que las guiasen mal. Pero Alfred creyó haberles tomado la medida, y cuando un anarquista demente llamado Emil Hödel trató de asesinar al kaiser el 11 de mayo de 1878, y Bismarck disolvió el Reichstag en la esperanza de asegurar una mayoría absoluta para el partido conservador (Nacional), Krupp accedió a presentarse como candidato nacionalista. Fue un error tremendo. Con la afluencia de polacos y alemanes del Sur, Essen se había vuelto preponderantemente católico. Su oponente, Gerhard Stötzel, representaba al partido católico (centrista). *Gemütlich,* extrovertido, antiguo montador y tornero en los talleres, y ahora director del *Blätter,* Stötzel era muy apreciado por la gente. Como a Alfred se oponían los socialistas y centristas, Stötzel obtuvo un excelente resultado; cuando los votos fueron contados en la noche del 28 de julio, Stötzel tenía, de los 27.000 votos depositados, todos menos un millar. Pero Krupp nunca consideró siquiera la posibilidad de que le derrotasen. Sus administradores le aplacaron informándole que habían hecho un sondeo en la fábrica y descubrieron que los Kruppianer, acostumbrados a ver el nombre de Krupp en todos los escritos, no se habían dado cuenta de que aparecía precisamente como candidato a las votaciones. Creyeron que era una orden de impresión. La explicación parece absurda, pero debió de ser cierta. Para los obreros, Krupp no había intervenido en las elecciones, y él estuvo de acuerdo. Se negó a correr el riesgo por segunda vez, y cuando los conservadores le pidieron que probase en las siguientes elecciones, rápidamente declinó la oferta. Escribió a herr Baedecker, que era editor y presidente del partido de Essen, diciéndole que la propuesta estaba *ausgeschlossen* (fuera de cuestión). Y si bien se mostraba «muy agradecido por el honor», no tenía «equipo, fuerzas ni tiempo para ocuparse de cualquier clase de asunto público» (48).

Eso no era cierto. El viejo totalitario estaba plenamente absorbido por los asuntos públicos. Su fuerza y tiempo se aplicaban en aquella parte del programa de Bismarck que más seducía: el rearme. El canciller había pedido al Reichstag que aprobase la constitución de un ejército de paz de cuatrocientos mil hombres, y la Cámara dio su aprobación. Luego solicitó que se concediesen ayudas financieras a los militares, no por el término de un año, sino a perpetuidad. Los diputados vacilaron. Por su parte, el Gobierno descubrió que su creencia de que el SPD estaba derrotado era errónea. A pesar del *Socialistengesetz,* los pretendidos perdedores rápidamente reconstruyeron una fuerza de 550.000 votantes, y avanzaban con facilidad hacia el millón. Querían un Reichstag que

depusiera a Bismarck, y los centristas, que no habían olvidado la *Kulturkampf*, se unieron a ellos. Ante el horror de Krupp, el alegre, bebedor y campechano Stötzel, siguió la línea de acción del partido católico, cuando en el pasado ni siquiera había tomado una postura clara respecto a la encíclica *Syllabus* de Pío IX. Ahora quería pisotear a Essen y denunciar el peligro de las armas. Era como atacar la construcción de buques en Hamburgo o la fabricación de porcelana en Dresde. Stötzel tenía que desaparecer del escenario político, y para ello Alfred eligió personalmente a un candidato nacionalista. El oponente de Stötzel, informó Alfred Krupp a Baedeker, sería su propio hijo, Fritz Krupp.

Esta vez no habría confusiones. El nombre de Friedrich Alfred Krupp no había sido impreso en ningún lugar más que en la fe de bautismo y en el registro de la compañía. Además, el *Kanonenkönig* decidió montar una campaña con todos los alicientes, para propagar la candidatura de su hijo. Sería el triunfo más fabuloso de la empresa, desde la victoria de Sedán, y haría bastante más ruido, desde luego. En primer lugar, el único propietario de la Gusstahlfabrik hizo saber al Prokura que Fritz era la persona más adecuada para servir a su padre y a la *Vaterland.* Luego, en una de sus filípicas a sus empleados, trató el asunto del rearme: «En la certeza de que he ganado honradamente la confianza de todos, me creo obligado a dirigir de nuevo unas palabras de consejo a nuestro personal actual, como lo he hecho en el pasado con tan buenos resultados. Ayer los asuntos versaban sobre seguridad y paz y sobre los intereses puramente domésticos de la fábrica y de la vida familiar. Hoy deseo hablar de los intereses de todo el Reich alemán, intereses que son, desde luego, los de todos nosotros» *(meine heutige Ansprache betrifft dagegen das grosse Interesse des ganzen deutschen Reiches, welches ja auch das Unsere ist).* Después de referirse a hechos que eran familiares, Krupp declaró que deseaba hacer algunas observaciones relacionadas con las elecciones para cubrir puestos en el Reichstag, elecciones que habían sido condenadas por el kaiser.

> «*Von dem Geiste der Majorität des nächsten Reichstages wird die Frage abhängen, ob Krieg oder Frieden... und wäre es dann nicht unmöglich, dass bei ungenügender Militärmacht die deutsche Armee, trotz ihrer geschichtlich unvergleichlichen Grosstaten, der Ubermacht würde weichen müssen, dass dann das Innere des Reiches mis Krieg überzogen, entkräften, verheert und das Ganze vielleicht wieder zerrissen werden könnte.*»
>
> «El asunto de la guerra o la paz dependerá del espíritu del nuevo Reichstag. Si nos unimos con fuerza y poder, Francia no osará atacarnos. Pero si nos mostramos débiles y querellándonos entre nosotros, la guerra será inevitable, y en tal caso no sería imposible que, a pesar del incomparable valor de su historia pasada, el ejército alemán se vea obligado a ceder terreno ante una fuerza superior, y que el territorio del Reich pueda verse afectado por la guerra, devastado, y tal vez reducida a pedazos su unidad» (49).

El verdadero propósito de Alfred era ver a Gerhard Stötzel ceder ante una fuerza superior, y también contemplar cómo la alianza entre el SPD y los centristas quedaba destrozada en las urnas, con lo que tal vez el mismo Stötzel tuviera que regresar a los talleres con el rabo entre las piernas. Se elaboraron complicados planes para acabar con el rebelde, sin exceptuar las formas más claras de intimidación dentro de las propias

empresa. No todos los planes resultaron prácticos. Alfred ordenó que cada uno de los capataces le enviase una lista de sus obreros, en la que constase la filiación política de cada uno. Como la mayoría de los Kruppianer replicaron astutamente que no estaban decididos por ninguna, el plan fracasó. Mas, Alfred controlaba el *Rathaus;* dictó el proceder a seguir en las votaciones, y sus subordinados de más confianza fueron nombrados *Wahlhelfer,* es decir, supervisores de las elecciones. Explicando éstos que deseaban «simplificar» los procedimientos, introdujeron lo que en realidad eran unos votos marcados que permitían identificar al que los había emitido. Pero algo marchó mal. Tal vez los obreros se resintieron ante las amenazas de Alfred, o quizá no se sintieron impresionados por Fritz, que carecía de las cualidades de mando de su padre. Lo cierto es que mientras Bismarck ganaba en toda la nación, su representante en Essen era derrotado por Stötzel (50).

El Kanonenkönig montó en cólera. Declaró que todo había sido un fraude, una diabólica confabulación *(Ausgeburt der Hölle)* para desacreditar el nombre de su familia. Pues bien, ahora el enemigo vería de lo que era capaz, manifestó a su Prokura. Jencke preguntó a Alfred qué pensaba hacer. «¡Hacer volar los talleres!», exclamó Krupp. Su ayudante le dijo que eso daría mala impresión, cuando figurase en el informe anual. Como representante de los banqueros, Meyer pondría objeciones. Alfred permaneció un momento en silencio, y repuso: «¡Venderé! Dejaré en buena situación a los empleados leales; ni uno perderá un céntimo, si me retiro.» Lo de la venta era posible, admitió Jencke; pero, ¿por qué hacerlo ahora, precisamente? Los nacionalistas disponían de una considerable mayoría en Berlín. Cuando Bismarck consiguiese los fines propuestos, la firma recibiría espléndidos pedidos. Alfred se marchó sin decir una sola palabra, dejándole el campo libre para que obrase a su gusto (51).

Pero en modo alguno había terminado Krupp con el SPD. En la habitación de un hotel de Berlín redactó una orden a cumplir por su tan rudamente probado Prokura. Exigió que todos los miembros del partido socialdemócrata fueran despedidos sin preaviso, y que se pusieran notas murales en las fábricas, con el siguiente texto: «La próxima vez que vaya a los talleres, quiero sentirme como en mi casa, y dejaré el lugar vacío antes que ver a algunos individuos con el corazón envenenado, como ocurre con todos los socialdemócratas.» *(Einen Kerl der nur Feindschaft im Herzen trägt wie jeder Sozialdemokrat es tut.)* Luego daba detalladas instrucciones: los inspectores debían examinar los cubos de la basura en los talleres y los albergues. Todo aquel que leyese escritos de crítica hacia la empresa o el Gobierno sería expulsado del trabajo. No se aceptaría explicación alguna. Y así ocurrió, en efecto. Un anciano sereno que había estado en la nómina desde hacía treinta y tres años, fue despedido, y lo mismo le ocurrió a un obrero al que la dueña de la pensión donde vivía le envolvió la comida en un periódico *verboten.* Alentado por semejantes éxitos, Alfred ordenó que se empleara a otro inspector para que controlase el empleo de papeles de derecho, y también de papel higiénico, para confeccionar notas sediciosas (52).

«*In diesem Jahrzehnt der grossen Wandlungen altert Krupp, zusehends*», nos revelan las crónicas de la familia. «En aquel decenio de grandes cambios, Krupp envejeció visiblemnte.» En cuanto al desconocido *Klosettpapier Inspektor,* no sabemos lo que fue de él (53).